ESCALER, PORTUSACH Y CASTELLVI

LOS ULTIMOS ROSALES

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS

3

Copyright, by Escaler, Portusach y Castellví, 1923

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923

Los últimos Rosales

Juguete cómico

EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

DE

LAMBERTO ESCALER

adaptación castellana de

RAMÓN PORTUSACH Y JOSÉ M.ª CASTELLVI

Estrenado en el TEATRO POLIORAMA
de Barcelona
el día 27 de Abril de 1923.

MADRID
Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.
Teléfono 18-40
1923

Reparto

PERSONAJES	INTÉRPRETES
ELENA...	Sra. Asquerino.
LUISA...	Srta. Palencia (C.)
URSULA...	Sra. López.
TOMASA...	Srta. Montilla.
ENRIQUE...	Sr. Venegas.
DON JUAN...	Güell.
DON MARIANO...	Camarero (R.)
GUSTAVO...	Armet.
GERVASIO...	Parreño.
FELIPE...	Carnicero.
SANTANA...	Vico.
GILITO...	Tubau.
ARISTA...	Camarero (L.)

Dirección: Ricardo Güell.

La acción del primer acto en Madrid; la de los siguientes en la Ciudad Lineal.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

Acto primero

Salón lujoso amueblado con gusto. Dos puertas a cada lado (la primera de la izquierda, cerrada). Al foro, amplio balcón-mirador con visillos en los cristales y macetas. En el centro de la escena, una mesita, y sobre ella un timbre; butacas y sillas distribuídas convenientemente. En las paredes, cuadros. Entre las dos puertas, de la izquierda, un espejo. Aparato de luz eléctrica. Es de día.

(Al levantarse el telón, después de una ligera pausa, entran por la segunda derecha TOMASA y GERVASIO. Traen útiles de limpieza.)

Gervasio Estoy asombrado.

Tomasa Y con motivo... La hora que es y todavía no se ha levantado la señora. *(Yendo hacia la primera izquierda; a Gervasio, que la sigue e intenta abrazarla.)* Estate quieto... Pasa tú delante.

Gervasio En seguidita... para que tú hagas lo mismo.

Tomasa ¡Que te crees tú eso!

Gervasio Pues sí que es muy extraño...

Tomasa Como ha tenido ese disgusto, acaso no se encuentre bien.

Gervasio Estará en el tocador.

(Va a mirar por el ojo de la cerradura.)

Tomasa Espérate... Ya te diré si puedes mirar.

Gervasio Yo también conocería si puedo mirar o no. *(Tomasa mira.)* ¿Está?

Tomasa Sí.

Gervasio ¡Cuidado si pasa aquí ratos!... Y que se arregla de una manera...

Tomasa La señora es guapa, y aunque viuda, como se casó joven y el marido le duró poco...

Gervasio Bueno; ¿puedo mirar o no?

713236

Tomasa *(Apartándose de la puerta.)* Tiene cara de haber pasado mala noche.

Gervasio *(Mirando.)* Está sentada, llorosa, apoya la cabeza en una mano, en la otra tiene un frasquito... y en la otra un pañuelo...

Tomasa ¿Cómo?... ¿Tres manos?

Gervasio Es que dejó el frasco para coger el pañuelo.

Tomasa Y todo porque se escapó la cotorra.

Gervasio ¿No ves que era regalo de su difunto?

Tomasa *(Se abre la puerta primera izquierda.)* ¡Ay, que viene!

Gervasio *(Poniéndose a limpiar.)* A poco nos pilla...

Elena *(De su cuarto.)* ¿Se sabe algo?

Tomasa Nada.

Gervasio Absolutamente nada.

Elena No me puedo resignar a que se haya perdido... ¿Habéis preguntado en la vecindad?

Gervasio En ningún piso saben nada de la pobre cotorra. *(Timbre dentro.)*

Elena *(Animosa.)* Abre, Tomasa; corre... Quizá la traigan.

(Mutis Tomasa segunda derecha.)

Gervasio Como volaba poco, no puede haberse ido muy lejos, y conociéndola todos los vecinos, cuando ya no la han devuelto, es que quien la encontró no piensa devolverla.

Elena Calla... No digas eso.

Gervasio Pues sí que piensa devolverla.

Elena Dios lo quiera.

Tomasa *(Segunda derecha.)* Señorita...

Elena ¿La traen?

Tomasa No, señora... Son don Juan y la señorita Luisa.

Elena En buena ocasión llegan... Diles que pasen. *(Mutis Tomasa; cuando va a hacerlo Gervasio coincide en la puerta con los nuevos personajes y sostiene el cortinaje para que entren. Luego mutis.)*

D. Juan *(Entrando.)* Buenos días.

Luisa *(Idem.)* ¿Cómo está usted, doña Elena?

Elena Bien, hija... muchas gracias... Siéntense; sin cumplidos.

Luisa Tiene usted mala cara... ¿No se encuentra bien?

Elena *(Triste.)* Estoy pasando un disgusto horrible.

D. Juan Me tiene sobre ascuas... ¿Qué le pasa a usted?

Elena La cotorra...

D. Juan ¡Ah, vamos!... ¿Está de muda?

Elena Peor... Se escapó ayer y no sé dónde está.

Luisa ¡Oh!

D. Juan En mala ocasión hemos venido.

Elena De ninguna manera... ¿Por qué?

D. Juan Es que veníamos a invitarla a que pasase el día de mañana con nosotros... Se han terminado con toda felicidad las obras de nuestro nuevo hotel de la Ciudad Lineal; y para solemnizarlo, hemos organizado una pequeña fiesta.

Elena Lo siento muchísimo; pero como comprenderán ustedes...

Luisa No nos diga que no.

D. Juan Ahora más que nunca necesita distracción... Luisita, dile el programa... Tal vez se anime.

Luisa Hemos improvisado hasta un teatro en el jardín de casa.

D. Juan Vaya usted. Se divertirá mucho... Se lo garantizo.

Luisa Yo tomo parte... La obra es de Gustavo.

Elena ¡Ah! ¿Sí?

D. Juan En verso... Muy bonita.

Luisa Pasa en Grecia... ¡Llevaremos unos vestidos! ¿Verdad que no nos desairará? Arista ha pintado las decoraciones.

D. Juan Y Gillito ha compuesto la música.

Elena Pintor, músico, poeta... En la Ciudad Lineal tienen ustedes de todo...

D. Juan Por el verano, sí, señora... Bueno; quedamos en que... Además, que de aquí a mañana, acaso se haya encontrado el pájaro.

Luisa Me sabe mal irme sin saber...

Elena ¿Tan pronto se quieren marchar?

Luisa Tengo que ir a probarme las sandalias y a recoger una peluca rubia.

Elena ¡Qué guapa estarás!

Luisa ¡Por Dios!... Vamos, papá; que yo quiero volver a ver si doña Elena se ha decidido.

D. Juan *(Sin levantarse.)* Ves tú con la muchacha... Yo también tengo que hacer una barbaridad de cosas... He de ir a visitar a un amigo periodista para invitarle y rogarle que diga en su periódico lo que le parezca la función y que os alabe a todos... *(A Elena.)* Si us-

ted me lo permite, descansaré aquí un momento.

Elena *(Aparte.)* ¡Vaya por Dios! *(Alto.)* Ya lo creo, con mucho gusto.

Luisa Así, pues, nos encontraremos en casa.

D. Juan Sí.

Luisa Hasta ahora, doña Elena... Adiós, papá.

D. Juan Adiós, hija.

(Mutis Luisa segunda derecha. Pequeña pausa.)

Elena Parece que está muy ilusionada con trabajar en el teatro.

D. Juan Los que la han visto ensayar dicen que «saca» el papel a las mil maravillas. Hace de protagonista. ¡Eh! ¡Qué nombres ponían los griegos a las mujeres: Protagonista!...

Elena ¡No me diga usted!

D. Juan Y cuando sale dice una relación larguísima... Y ahora que hablo de relaciones pienso que no estaría de más que hablásemos de lo nuestro... ¿No ha pensado todavía en ello?

Elena *(Disgustada. Aparte.)* ¡Ya empezamos!

D. Juan Me parece que ya es hora de que se decida. El haber sido consocio de su difunto esposo hace que nos conozcamos a fondo... ¿Qué esperamos?

Elena Sí, verdaderamente; pero...

D. Juan Piense usted que mi hija, que la quiere muchísimo, tendría una satisfacción enorme.

Elena No lo dudo; pero no sé... Encontrarme de repente convertida en madre de una muchacha casadera...

D. Juan Yo también me encontraría de repente con mujer, y Luisa con mamá... Esa impresión la sufriríamos todos...

Elena *(Sonriendo.)* Cierto...

D. Juan Y los sacrificios que he hecho por usted, ¿no significan nada?

Elena ¿Por mí?

D. Juan ¿Por quién si no me he quitado la barba? La oí decir en cierta ocasión, que como más le gustaban los hombres era con bigote sólo, y entregué mis mejillas al barbero.

Elena *(Irónica.)* Y sin duda supuso que el bigote me gustaba negro; porque el suyo, que empezaba a ser gris, ha sufrido una transformación radical.

D. Juan Acepte usted la invitación. Mañana, en casa, me da usted la respuesta definitiva. ¡Qué día más memorable!... Terminar las obras del chalet, debut de mi hija y salir yo de dudas.

Elena Sí que se reunirían acontecimientos.

D. Juan En su honor he combinado un menú digno de Brillat Savarin.

Elena ¿Sigue usted con sus aficiones al arte culinario?

D. Juan La cocina me atrae, me subyuga. Mi ideal sería encontrar un yerno con condiciones para llevar el negocio. Si a ese Gustavo que pretende a la niña no le hubiese dado por hacer versos... El casar a la niña me preocupa, tanto como si me prostestasen una letra.

Elena Sí que es cosa difícil.

D. Juan Y eso que con mi norma... Pienso estudiar bien al pretendiente, y si después de tratarlo tres o cuatro años, no encuentro nada que le juzgue desfavorable, que se casen. *(Transición.)* Pero parece que me haya quedado aquí para hablar de Luisa.

Elena Es lo mismo.

D. Juan No, no... Confío en que mañana...

Elena *(Con decisión.)* Escúcheme, Cantueso.

D. Juan Soy todo oídos, Elena.

Elena Case primero a Luisa y después hablaremos.

D. Juan *(Rascándose la cabeza.)* ¡Caramba! ¡Caramba!

Tomasa *(Segunda derecha, con una tarjeta.)* Con permiso.

Elena *(Rápida.)* ¿Traen la cotorra?

Tomasa No, señora... Este caballero, que desea verla.

Elena *(Cogiendo la tarjeta.)* Enrique Rosal... Cuidado que es tenaz. *(Dejando la tarjeta sobre la mesita.)* Dile que estoy enferma... que me perdone... que en otra ocasión cualquiera... *(Mutis Tomasa.)*

D. Juan Así, pues, quedamos...

Elena En lo dicho... Y vigile bien a su futuro yerno, que toda precaución es poca.

D. Juan Sí, claro... No obstante, Gustavo parece un buen chico, y como ya hace tiempo que le conozco...

Elena Nada de precipitaciones.

Tomasa *(Muy alegre.)* ¡Señorita!... ¡Señorita!...

Elena ¿Qué sucede?

Tomasa Le he dicho a ese caballero lo que usted me ordenó, y él, entonces, me ha preguntado con interés: «¿Qué le pasa a la señora?»—Y yo le he dicho: «Está muy disgustada por que se ha escapado la cotorra.»—Y él, entonces, se ha echado a reír y dice: «Dile que no se apure, que yo vengo por eso precisamente.»

Elena *(Alegre.)* ¿De veras?

D. Juan ¡Por fin!

Elena Pásalo al gabinete.
(Mutis Tomasa.)

D. Juan Entonces, hasta mañana...

Elena Perdóneme si...

D. Juan ¡No faltaba más!... Cuando venga Luisa, pónganse de acuerdo respecto a la hora...

Elena *(Empujando a don Juan hacia la segunda derecha.)* Sí... sí... Hasta mañana.

D. Juan Hasta mañana. *(Mutis.)*

Elena También ha sido casualidad que la haya encontrado él.

Tomasa *(Entrando.)* Ese caballero, espera.

Elena Que pase... Debo estar despeinada... En seguida vuelvo. *(Mutis primera izquierda.)*

Tomasa *(En la segunda derecha.)* Gervasio, que pase ese caballero. *(Arregla los muebles. Pausa.)*

Gervasio *(Sosteniendo la cortina.)* Haga usted el favor.

Enrique *(Entra.)* Gracias... *(Viste chaquet y sombrero de copa. Mira con atención muebles y cuadros.)*

Tomasa Siéntese usted. La señora saldrá en seguida.

Enrique Gracias. *(Se sienta.)*

Gervasio *(Aparte.)* Este señor es el que el otro día me hizo varias preguntas acerca de la señora, y me dió dos duros.

Enrique *(Aparte.)* Es una mujer estupenda, y hasta el piso es también estupendo.

Tomasa *(A Enrique.)* Gracias a usted volverá la alegría a esta casa.

Gervasio La señora no sabrá cómo agradecerle...

Enrique ¿Pero es cierto que se ha perdido la cotorra?

Tomasa *(Extrañada.)* Y tan cierto...

Enrique (Si la hubiese encontrado, la entrada sería triunfal... Quién sabe si el de casa...) *(A los*

criados.) Escúchenme; para saber si la que he encontrado es la de ustedes, sería preciso que me facilitasen algunas señas... personales. Porque si no lo fuese, ni yo tendría que esperarme ni la señora sufriría un desencanto. Supongo que será verde.

Gervasio Sí, señor; verde.

Enrique Muy bien... Denme algunos detalles más.

Gervasio *(Señalando con las manos.)* Así de alta.

Tomasa Las alas encarnadas con una franja amarilla en medio.

Gervasio ¿Ve usted un estanco?... ¡pues igual!...

Enrique Perfectamente... Y hablar, ¿qué decía?

Gervasio Todo lo que dicen esta clase de animales.

Enrique *(Aparte.)* Malo; el de casa no dice una palabra. Diré que con la caída se quedó mudo.

Gervasio Es una cotorra muy parlanchina.

Enrique ¿Es una cotorra, definitivamente una cotorra?

Tomasa Sí, señor.

Enrique (El de casa es loro y no voy a poder decir que con el golpe ha cambiado de sexo.)

Gervasio *(Iniciando el mutis, a Tomasa.)* (Para mí que eso de haber encontrado la cotorra es un camelo.)

Tomasa (¿Y para decir una mentira se iba a poner tan elegante?) *(Mutis los dos, segunda derecha.)*

Enrique *(Pensativo.)* Me parece muy atrevido el procedimiento... Pero ya no hay remedio.

Elena *(Saliendo primera izquierda.)* ¡Oh, señor Rosal!

Enrique ¡Señora!...

Elena Perdóneme si le hice esperar... Ignoraba el objeto de su visita... Siéntese, se lo ruego... *(Lo hacen.)* Y ¿cómo es que esa desvergonzada se atrevió a molestarle?...

Enrique *(Después de una pausa.)* Señora; ruego a usted que, haciendo un esfuerzo de imaginación, no vea en mí al portador de lo que con tanto afán espera, sino al autor de una carta que usted seguramente no esperaba.

Elena No comprendo...

Enrique En la carta que tuve el honor de dirigirla le anunciaba, después de solicitar su mano, que si en el término de tres días no había recibido contestación, lo consideraría como pruc-

ba de que usted no tendría inconveniente de recibir mi visita.

Elena ¿Pero cómo iba a contestar si ignoraba la dirección?

Enrique ¡Ah!, ¿no la puse? ¡Qué olvido más lamentable!

Elena Yo supuse que usted la había omitido premeditadamente para tener una excusa.

Enrique Y así fué... Creí que si se daba cuenta de la añagaza, le haría gracia.

Elena *(Seria.)* Pues no me hace ninguna.

Enrique Hoy, viendo que no era recibido, recurrí a otra estratagema para tener el gusto de saludarla.

Elena *(Indignada.)* Caballero... Ha abusado de mi confianza de un modo incalificable.

Enrique Nunca me figuré que tomase así una broma inocente, no desprovista de gracia.

Elena Pues tampoco me ha hecho ninguna.

Enrique Estoy desgraciado. *(Pausa.)* Si usted me permitiese explicarle...

Elena Lo que usted puede explicarme no es precisamente lo que me interesa en estos momentos.

Enrique Le ruego un instante de atención... Usted encarna mi ilusión, es la mujer soñada.

Elena *(Levantándose.)* Me obligará usted a retirarme.

Enrique Ahora que acabo... *(A un signo suplicante de él, Elena se sienta.)* ahora que acabo de empezar a decir lo interesante, ¿quiere usted marcharse?... Le escribí una carta exaltando con sinceridad su belleza, después de una prolija serie de investigaciones para conocer su nombre... Por cierto, que también supe que es usted viuda.

Elena ¿Y eso no refrenó su entusiasmo?

Enrique ¡La quería ya demasiado!

Elena *(Levantándose.)* Me permitirá usted que le deje. Tengo otras cosas que hacer.

Enrique *(Levantándose.)* Le suplico que, olvidando lo que haya podido haber de atrevido en mi presentación, me diga si puedo contar con su mano de aquí a dos meses.

Elena Caballero, por ahora no he pensado cambiar de estado, y además, su precipitación me parece inexplicable.

Enrique ¡Si usted supiese!... ¡Oh, sí! Mejor será que

lo sepa... Tal vez conociendo mi drama se enternezca su corazón... *(Hace ademán de sentarse.)* Verá usted... *(Idem.)* Hace un mes que... *(Idem.)*

Elena *(Que se ha dado cuenta.)* ¡Vaya por Dios; sentémonos!... *(Se sientan.)*

Enrique Gracias. *(Pausa. Muy serio.)* Señora; mi tío y yo somos los últimos Rosales.

Elena *(Irónica.)* ¡Hombre!

Enrique Quiero decir que somos los últimos del apellido Rosal. Hace un mes, mi tío, que es un viajero impenitente, me llamó a su despacho para decirme: «Desearía que cuando llegue el momento de que Dios se acuerde de mí, pueda abandonar este mundo, convencido de que nuestro apellido no se extingue.»

Elena ¿Es muy largo eso?

Enrique Termino en seguida. «Supongo que me complacerás. Busca una mujer que sea capaz de hacerte feliz; busca, más que dinero, bondad. Voy a emprender otro viaje. Regresaré dentro de tres meses, y si tú no te has casado, me casaré yo...» ¿Qué le parece a usted?

Elena Nada.

Enrique Tenga usted en cuenta que mi tío me impuso un plazo de tres meses, y que ya ha pasado uno.

Elena En los dos que quedan tiene tiempo de sobra para complacer a su tío... Por mi parte, siento mucho no poder mejorar su situación.

Enrique ¿Usted no se hace cargo que si mi tío se casa, yo dejaré de ser su heredero, y no es que me haga falta; pero me gustaría reunir las dos fortunas?

Elena Y la mía, tres.

Enrique *(Serio.)* ¡Señora; piense de mí lo que quiera menos que guía mis pasos el interés! He solicitado su mano por escrito y de palabra, pero ninguna de las dos veces he pedido que en esa mano hubiese algo...

Elena Le agradezco mucho la distinción de que me quería hacer objeto; pero... *(Le tiende la mano.)*

Enrique ¿En qué quedamos? Me dice que no y me ofrece la mano.

Elena Para despedirnos.

Enrique Siendo así, no quiero. Me sería muy doloroso sabiendo que es la última vez. *(Después de pensarlo un poco, con tono solemne.)* ¡Señora!... He estado probando hasta ahora si solamente con mis méritos personales conseguía interesarla. He visto que no, con profunda amargura. Pero recuerde la amenaza de mi tío, y paso porque su afecto nazca en la devolución de la cotorra.

Elena *(Contenta, pero dudando.)* ¿Pero es verdad? ¿La tiene usted? ¿Lo puedo creer?

Enrique Dudarlo es una ofensa para mí.

Elena ¿Y cómo fué a su casa?

Enrique No sé. La encontramos en el jardín.

Elena ¿No me engaña usted? A ver; dígame cómo es.

Enrique *(Señalando con las manos.)* Así de alta.

Elena Justo.

Enrique Ancha, según como pone las alas.

Elena ¿Qué más?

Enrique Las tiene encarnadas.

Elena Sí, sí. La misma. Tráigala.

Enrique ¡Oh!

Elena ¿Qué?

Enrique Es necesario decirlo. Cuando la encontramos tenía una patita rota.

Elena ¡Pobrecita!

Enrique Y como veo que usted la quiere tanto, desearía evitarle que la viese tal como está.

Elena De todas maneras la mandaré a buscar.

Enrique Estoy decidido a no entregarla hasta que esté bien del todo. Verla ahora le haría muy mala impresión. Ha perdido aquel color verde tan sano.

Elena *(Exaltada.)* Comprendo su plan. Usted quiere guardarla en su poder hasta lograr de mí alguna esperanza. Pero sepa y entienda que aunque me la devuelva, no creo que el agradecimiento me obligue a darle mi mano.

Enrique Cuando esté reducida la fractura se la traeré yo mismo. Supongo que será cuestión de unos quince días. Y, si usted me lo permite, durante este tiempo vendré a visitarla un rato por la mañana y otro por la tarde, para enterarla del curso de la dolencia.

Elena ¡Ya!

Enrique Y como está febril y la fiebre aumenta al

caer de la tarde, después de cenar me daré una vueltecita.

Elena *(Decidida.)* No, señor. De ninguna manera. Después de tantas idas y venidas, saldrá diciendo que no tiene la cotorra. *(Toca el timbre.)* Acabemos.

Enrique *(Rápidamente.)* Adivino que tiene deseos de que me retire.

Elena ¿Lo ha conocido por el tono de mis palabras?

Enrique No, señora. Por el timbre.

Tomasa *(Entrando.)* Señorita.

Enrique *(Saludando.)* He tenido una verdadera satisfacción.

Elena Yo no la he tenido hasta este momento.

Enrique Beso a usted los pies.

Elena Gracias. *(Desaparece por su habitación.)*

Enrique Pleito perdido. Los Rosales que espera el tío no sé por dónde retoñarán. *(Por Tomasa, que espera.)* ¡Ah, sí, vamos, vamos! *(Se dirigen hacia la segunda derecha, y cuando van a hacer mutis tropiezan con GERVASIO, que entra rápidamente.)*

Gervasio ¡Señora, señora! ¡Ya se ha encontrado! ¡Ya se ha encontrado!

Tomasa ¿De veras?

Gervasio *(A Enrique.)* La de usted debe ser otra, porque la nuestra la ha encontrado el portero.

Enrique *(Aparte.)* Muy bien.

Tomasa ¿Y dónde estaba?

Gervasio En el patio, entre unos rollos de esteras. ¡Pobrecilla! Está llena de polvo y de telarañas. Voy a decir al portero que la entre. *(Inicia el mutis.)*

Enrique Espere.

Tomasa Avisaré a la señora.

Enrique Un momento. *(Los dos se detienen.)* Ya que he sido el que ha dado los pasos, quiero tener el gusto de ser yo quien restituya el animalito al hogar doméstico. *(Dándoles dinero.)* Tengan ustedes y hagan lo que yo les diga.

Tomasa Mándeme.

Gervasio Disponga de mí.

Enrique *(A Gervasio.)* Diga al portero que la deje.

Gervasio Voy.

Enrique *(A Tomasa.)* Dele estos cinco duros, y que no se le escape decir que la ha encontrado él.

Tomasa Comprendido. *(Va hacia Gervasio, que está en la segunda puerta de la derecha.)*

Gervasio *(Como si hablase con alguien que está dentro.)* Aguárdese, Jerónimo.

Enrique *(Frotándose las manos.)* ¡Providencial, providencial!

Tomasa *(A Gervasio.)* Toma, que le des estos dos duros.

Gervasio *(Aparte.)* Con uno tendrá bastante.

Enrique Escúchenme. *(A Gervasio.)* Usted vuelva la cotorra a su sitio, y límpiela hasta que quede brillante.

Gervasio Descuide usted.

Enrique Y de prisita, ¿eh?

Gervasio Volando. *(Inicia el mutis.)*

Enrique Bueno; pero el caso es que la he dicho que se había roto una pata. ¡Chits! *(Gervasio se detiene.)* Cuando la tenga bien limpia, rómpale una pata.

Gervasio *(Asombrado.)* ¿Cómo?

Enrique Nada, nada. *(Gervasio hace mutis. A Tomasa.)* Usted avise a la señora.

Tomasa Al momento. *(Se va primera izquierda.)*

Enrique Admirablemente. Esto sale a pedir de boca. *(Va al espejo y se arregla el nudo de la corbata.)* Es mía.

Elena *(Dentro.)* ¿Pero es de veras?

Tomasa *(Idem.)* Sí, señora; sí.

Enrique *(Contrariado.)* (Todavía no estará limpia.)

Elena *(Saliendo muy contenta y sin fijarse en Enrique.)* ¡Pobrecita mía! ¿Dónde está?

Enrique *(Muy serio.)* Aquí.

Elena *(Volviéndose.)* ¡Ah! ¿Es usted, Enrique?

Enrique *(Aparte y poniendo los ojos en blanco.)* (Ya me llama Enrique.)

Elena Perdóneme usted si he dudado de su palabra.

Enrique *(Muy solemne.)* Cuando yo digo que he encontrado una cotorra, es porque he encontrado una cotorra.

Elena Sí, sí. Voy a verla. Vuelvo en seguida. *(Mutis por la primera derecha.)*

Tomasa *(Saliendo muy sonriente.)* Vamos, señorito, que le ha salido a usted bien la combinación.

Enrique ¡Pchs!

Tomasa Viene alguien. *(Se va hacia la segunda derecha.)*

Enrique *(Volviendo al espejo.)* Repasémonos.

Gervasio *(Sosteniendo la cortina de la puerta de entrada.)* Pase usted.

Luisa *(Entrando.)* Debe estar muy contenta.

Enrique *(Que la ve entrar por el espejo, sin volverse dice.)* ¡Vaya una mujer!

Luisa ¿Y dónde está doña Elena?

Tomasa En el gabinete.

Luisa *(Viendo a Enrique.)* ¡Ah! ¿Hay visitas? *(Saludando.)* Beso a usted la mano.

Enrique *(Maquinalmente, haciendo una reverencia frente al espejo.)* Señorita. *(Dándose cuenta.)* ¡Ay!... *(Volviéndose y repitiendo el mismo juego.)* A los pies de usted.

Tomasa *(A Luisa.)* Este es el señor que la ha encontrado.

(Siguen las dos hablando en voz baja.)

Gervasio *(Bajo a Enrique.)* Ha quedado como nueva.

Enrique Escuche. ¿Quién es esta señorita?

Gervasio Se llama Luisa y es hija de...

Enrique ¿Soltera?

Gervasio Soltera.

Enrique Gracias. Puede retirarse.

Gervasio *(Después de mirarlo de reojo.)* Parece de la casa. Puede que haya decidido quedarse a vivir aquí. *(Mutis por la segunda derecha.)*

Enrique *(Mirando fijamente a Luisa.)* (¡Oh, sí, sí! Es preferible. La juventud de ésta hace que la otra parezca más hecha; siendo ésta tan esbelta, la otra lo parece menos, y siendo ésta soltera, la otra parece más viuda.)

Tomasa *(A Luisa.)* ¿Quiere usted que la avise?

Luisa No. Iré yo misma.

Tomasa *(Señalándole la primera derecha.)* Vaya usted por aquí.

(Mutis segunda derecha.)

Luisa Gracias. *(Saludando ligeramente a Enrique.)* Con permiso.

Enrique *(Acercándose.)* ¿Permiso mío para marcharse privándome de verla? Perdóneme, pero no puedo concedérselo.

Luisa *(Sorprendida.)* ¿Cómo?

Enrique ¡Ah! ¡Qué felicidad la mía si usted hubiera sido la dueña de la cotorra!

Luisa No sé por qué.

Enrique Pues porque tendría usted que agradecerme algo, y eso podría engendrar una amistad, crear una simpatía...

Luisa ¡Qué de prisa va usted!

Enrique Es cuestión de temperamento; a mí todo lo extraordinario me atrae, me seduce, y su hermosura es evidentemente extraordinaria.

Luisa *(Riendo.)* ¡Caballero! Usted sí que exagera extraordinariamente. *(Mirando a primera derecha.)* ¡Ah! Doña Elena.

Enrique *(Aparte.)* (¡Catapúm!)

Elena *(Entrando, muy contenta.)* ¿Ya sabes la noticia?

Luisa La sé, y estoy contenta por partida doble, pues habiéndola encontrado no dejará de venir mañana a casa.

Elena Iré, y de que vaya puedes darle las gracias al señor.

Enrique *(Entusiasmado.)* Ya he conseguido lo que deseaba, que usted tuviese algo que agradecerme. Espero, pues, que este agradecimiento traiga la amistad, que la amistad engendre la simpatía...

Elena *(Extrañada. Aparte.)* ¿Qué dice este hombre? *(Alto.)* ¿Por qué me dijo usted que la cotorra tenía una pata rota?

Enrique ¡Ah! ¿Y no la tiene rota? Mejor que mejor. Yo vi que se le doblaba; debía ser por la articulación.

Elena *(Aparte.)* ¡Qué atolondrado! *(Alto.)* ¿Y dónde la traía, que nadie la hemos visto?

Enrique Si se lo digo no me va a creer.

Elena Dígame dónde.

Enrique *(Señalándolo.)* Ahí dentro; en el sombrero.

Elena No es posible.

Enrique Ya se lo he dicho que no lo iba a creer.

Luisa Voy al mirador a ver si viene Ursula. Se hace tarde y luego papá...

Elena *(Señalando a la segunda izquierda.)* Desde el balcón de esa habitación lo verás mejor.

Enrique *(Aparte. Con temor.)* ¡Solos!

Luisa Con permiso. *(Mutis segunda izquierda.)*

Enrique *(Saludando.)* Señorita... *(Mirando de reojo a Elena.)* Me parece que peligro.

Elena *(Sonriente.)* Ahora hablemos usted y yo de la gratificación que merece su hallazgo.

Enrique *(Aparte.)* Es capaz de querer gratificarme con su mano.

Elena *(Aparte.)* ¡Qué lástima que no lleve bigote!

Enrique *(Serio.)* Antes de empezar me permitirá usted...

Elena — Diga lo que quiera.

Enrique — El rato que he estado solo me ha hecho reflexionar sobre la mezquindad del favor que acabo de hacerle, y he comprendido que la razón estaba de su parte cuando me decía: «Y aun en el caso de que traiga la cotorra, no creo que eso me obligue a concederle en pago mi mano.»

Elena — *(Sorprendida.)* ¡Eh!

Enrique — Y, por lo tanto, le ruego que perdone mi pretensión, que reconozco exagerada.

Elena — *(Contrariada.)* Sí, sí. Dispensado.

Enrique — He dicho que el favor era insignificante, pero no tanto que no espere alcanzar de usted...

Elena — *(Animándose.)* ¿El qué?

Enrique — Usted sabe que me conviene casarme. Mi tío...

Elena — Su tío tiene razón.

Enrique — El apellido Rosal...

Elena — Sí, señor, sí.

Enrique — Bien. Pues ya que usted ha hecho el propósito de no volver a casarse, págueme el favor ayudándome a que me case yo.

Elena — *(Muy seria.)* De manera que usted tiene la pretensión de que yo le ayude a buscar...

Enrique — Nada de buscar. La tengo ya escogida. Es la señorita que acaba de salir de esta habitación.

Elena — *(Sorprendida.)* ¡Luisa! *(Con marcado disgusto.)* ¿Y qué puedo hacer yo en este asunto?

Enrique — Puede precipitar los acontecimientos hablándole de mí en el sentido que estime de justicia.

Elena — ¡Pero si le conozco a usted de hoy!

Enrique — Si lo piensa detenidamente verá que puede decirla muchas cosas. Por ejemplo. Preocupándome de la suerte de su cotorra e indagando quién era su dueño, ¿no he demostrado que tengo buenos sentimientos y poseo una honradez intachable?

Elena — Sí, señor; sí.

Enrique — Ya tiene una cosa que decirla. ¿No le he traído lo que le había prometido?

Elena — Sí.

Enrique — Prueba de que soy un hombre de palabra.

Elena — Efectivamente.

Enrique — Si yo le hubiese pedido mil pesetas por la cotorra, ¿usted me las hubiera dado?

Elena Sin pensarlo siquiera.

Enrique Pues el despreciar una cantidad semejante demuestro que reúno a un noble desinterés, una posición desahogada.

Elena *(Muy molesta.)* Sí; sí. Acabemos. Le diré todo lo que usted quiera. *(Cuando se dirige a la segunda izquierda se detiene.)* ¡Ah!

Enrique ¿Qué?

Elena *(Aparte.)* Yo he dicho a Cantueso case a su hija y después... *(Alto.)* Si prefiere las mil pesetas, por mí no hay inconveniente.

Enrique *(Ofendido.)* ¡Señora!... *(Mirándola.)* ¡Ah! Lo comprendo. A usted le es violento dar este paso.

Elena ¿A quién, a mí? No, señor; no. *(Llamando.)* Luisa, Luisa, ven.

Luisa *(Entrando de prisa.)* ¿Qué, ha llegado Ursula? No la he visto entrar.

Elena No ha venido nadie. Se trata de algo que tú no esperas. Te presento a don Enrique Rosal.

Luisa Tengo mucho gusto...

Enrique Señorita...

Elena Pues este caballero, que tiene un carácter muy impresionable, no ha hecho más que verte y se ha quedado prendado de ti.

Luisa *(Riendo.)* ¡Doña Elena, por Dios!

Enrique *(A Elena, animándola.)* Muy bien.

Elena Pero tiene el defecto de ser vergonzoso y me ha encomendado la misión de rogarte que le correspondas. ¿Es eso?

Enrique ¡Lo ha dicho usted de una manera!... Pero, ¡bah!

Elena Debo advertirte que el señor desearía obtener tu palabra hoy; la de tu papá mañana, y pasado mañana...

Enrique ¡Oh, sí! Es indispensable que esté casado dentro de un mes.

Elena Antes me había dicho usted dos meses.

Enrique Pues fué una equivocación.

Luisa Con la prisa que usted tiene y la parsimonia que gasta papá cuando se trata de casarme, me parece que el asunto no tiene arreglo posible.

Elena *(Sin poder disimular la alegría.)* El señor Cantueso es muy mirado. No hace mucho me decía: «El que quiera casarse con mi hija tiene que armarse de paciencia, porque yo

necesito lo menos ocho o diez años para estudiar su carácter y mirarlo del derecho y del revés.

Enrique Ese tiempo es más que suficiente para que el galán se consuma y pueda mirarlo también al trasluz. Pero si puedo contar con su asentimiento, nada me asusta y pienso hacer milagros. *(A Elena.)* Con cualquier pretexto usted me presenta en casa de esta señorita. Esos son los preliminares. Después... después... convendría encontrar un hecho extraordinario. Una casualidad que facilitase... Ya está. Lo que ha sucedido hoy aquí me da un plan. Un poco diabólico es, pero seguro. No me digan que no les gusta.

Elena Veamos ese plan.

Luisa Sí, sí. Dígalo.

Enrique Para mi plan, ese precioso imperdible que lleva usted tendría que dejar de ser imperdible.

Luisa ¿Cómo?

Enrique Que se habría de perder.

Luisa ¿Por qué?

Elena ¡Ya!

Enrique Usted, antes de llegar a casa, se lo quita, lo guarda y, fingiendo estar consternada, dice que lo ha perdido.

Luisa De ninguna manera.

Elena ¡Qué disparate!

Enrique Permítanme ustedes que acabe. Entonces, como es costumbre, se anuncia la pérdida en un periódico. Yo finjo que lo leo, finjo que lo devuelvo...

Luisa Yo no hago eso.

Enrique Su papá se pone contentísimo. Su alegría sube de punto al saber que yo no quiero gratificación...

Elena ¡Qué ideas más estrafalarias!

Enrique Su papá, no sabiendo cómo pagarme, me ofrece... ¡qué le diré yo a usted! Un puesto en su mesa. Me invita a comer.

Luisa Eso no sería difícil.

Enrique ¿Lo ve usted? Entonces, preocupado, viendo que el obsequio no basta, piensa, piensa, y al fin, dándose un golpe en la frente, dice: «Ya está. Siendo soltero, nada más a propósito: que se case con mi hija.» ¿Eh?

Elena *(Burlándose.)* ¡Admirable!

Luisa Tiene usted demasiada imaginación.

Enrique No me negarán ustedes que con este motivo yo frecuentaría la casa y habría dado un paso en firme.

Luisa Eso es muy atrevido.

Enrique Hay que decidirse. Les concedo dos minutos para que hablen y resuelvan; dos solamente, porque el tiempo apremia.
(Enrique, que estaba entre las dos, se retira hacia el foro.)

Elena *(A Luisa.)* Hija, me parece un hombre original, extraordinario.

Luisa Pero es muy simpático.

Elena *(Disgustada.)* Veo que te ha interesado. Debo advertirte, que si te decides a secundar el plan que te propone, no sé hasta qué punto es prudente que él guarde el imperdible.

Enrique *(Que ha estado escuchando. Sin poder contenerse.)* ¡No; si yo no quiero guardar la alhaja!

Elena *(Sorprendida.)* (Nos ha oído.)

Luisa *(Sofocada.)* (¡Oh, qué vergüenza!)

Enrique Nada de vergüenza, señorita. *(Acercándose a Luisa.)* Yo he propuesto que el imperdible lo guardase usted.

Elena Y ella no se ve con fuerzas para fingir delante de su padre. Así que si no encuentra otro procedimiento, abandone la idea.

Enrique Espere usted, espere usted.

Tomasa *(Entrando.)* Con permiso. *(A Luisa.)* Señorita, Ursula la espera.

Luisa Voy, voy.

(Tomasa hace mutis.)

Elena *(A Enrique, que está pensativo.)* ¿No sale, eh? Era una idea descabellada.

Enrique *(Alegre.)* Ya está. *(A Elena.)* Usted, que está invitada a pasar mañana el día en casa de Luisa, guarde el imperdible desde ahora, y cuando yo llegue me lo entrega.

Luisa Muy bien.

Elena *(Sin poder disimular su alegría.)* Sí, sí. Con mucho gusto.

Luisa De todas maneras...

Elena No lo pienses más, mujer. Son astucias de enamorado, muy disculpables.

Luisa *(Quitándose el imperdible con disimulo.)* No me atrevo...

Enrique Sería la prueba más grande de cariño que podría darme... interinamente.

Luisa *(Quitándose el imperdible con un movimiento rápido.)* Tenga usted. *(Se lo da a Elena.)*

Enrique *(Contentísimo.)* Gracias. No esperaba menos.

Luisa *(Un poco avergonzada por lo que ha hecho.)* Me he de marchar. *(Se dirige hacia el fondo.)*

Enrique Quedamos en que el anuncio se publicará en «A B C».

Luisa Sí.

Elena ¿Qué tienes?

Luisa Pienso en el disgusto que tendrá papá cuando sepa que lo he perdido.

Enrique Piense únicamente en la alegría que tendrá cuando se lo devuelva.

Luisa *(Sonriente.)* Tiene usted razón.

Elena ¡Claro, mujer!

Luisa *(A Enrique.)* Entonces, hasta mañana.

Enrique No faltaré. *(Siguen hablando bajo.)*

Elena *(Desde la segunda derecha.)* Gervasio, acompaña a la señorita y vuelve.

Luisa *(A Elena.)* Bueno. Adiós y gracias.

Elena ¿Quieres callarte?

Enrique A usted deberemos la felicidad.

Luisa Adiós, Enrique.

Enrique Adiós, Luisa.

Elena *(Sosteniendo la cortina.)* Hasta mañana, Luisita. *(Se queda mirando cómo se aleja y luego dice a Enrique.)* Es bonita.

Enrique Deliciosa. Una preciosidad. Yo no sé cómo pagar a usted el favor que acaba de hacerme.

Elena *(Sonriente.)* Ya arreglaremos cuentas.

Enrique Usted mañana irá a casa de Luisa, a las...

Elena A las once.

Enrique Muy bien. A las once y cuarto llegaré yo, y al entrar me da usted con disimulo el imperdible.

Elena Sí, sí. De acuerdo.

Gervasio *(Entrando.)* Señorita...

Elena El sombrero del señor. *(Gervasio lo coge de la silla y se lo entrega.)* Esta es su casa. *(Enrique al coger el sombrero sopla dentro de él.)* ¿Qué tiene?

Enrique Nada. Una plumita. Esté usted segura de que en mí tiene un admirador obligadísimo.

Gervasio (Casorio.)

Elena Señor Rosal...

Enrique *(Saludando.)* A los pies de usted. *(Gervasio levanta la cortina y Enrique desaparece.)*

Elena *(A Gervasio, que va a hacer mutis.)* Luego acabaréis de arreglar esta habitación. *(Mutis Gervasio. Mirando a la puerta.)* ¡Qué confiado vas, don Enrique! *(Cogiendo la tarjeta que estaba sobre la mesita.)* Es elegante. Las tarjetas perfumadas con la esencia de moda. ¡Y hasta el nombre me gusta, Enrique! *(Entran TOMASA y GERVASIO con trapos y plumero y empiezan a limpiar los muebles. Sin dejar de mirar la tarjeta.)* Esto es ya demasiado.

Gervasio *(Acercándose.)* ¿Qué tiene, señorita?

Tomasa *(Idem.)* ¿Le sucede algo?

Elena ¿Cómo se explica que la cotorra, que apenas si puede volar, haya ido desde la calle de Arrieta hasta la del Cisne?

Tomasa *(Conteniendo la risa a duras penas.)* Sí que es raro.

Gervasio Es todo un caso. *(Se tapa la cara con el plumero.)*

Elena *(Dirigiéndose a su habitación.)* No me faltaba más que esto. Es un hombre extraordinario, misterioso, único... ¡No sé lo que es! *(Hace mutis y cierra la puerta de su cuarto con fuerza. Los criados, al verse solos, se echan a reir estrepitosamente.)—(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

Jardín a la inglesa. A la izquierda, chalet; da acceso a él una escalera de tres peldaños con balaustrada. En las columnas de arranque de ésta, macetas con plantas en flor. Entre el edificio y el foro una caja abierta. Por la derecha continúa el jardín. En los primeros términos de ambos lados mesitas, sillas, mecedoras, etc., todo ello de junco. Es de día.

(Al empezar la acción están en escena DON JUAN y URSULA.)

D. Juan ¿Todavía no ha vuelto Felipe con el periódico?

Ursula No, señor.

D. Juan ¿Y la niña?

Ursula No la he visto. No ha debido salir de su cuarto.

D. Juan Habrá pasado tan mala noche como yo, y estará descansando. Si no se encuentra el imperdible caeremos enfermos... Una joya de tanto valor... Quizá con el anuncio...

Felipe *(Por segunda izquierda con el periódico.)* Aquí está el «A B C».

D. Juan *(Hojeando rápidamente.)* A ver si lo trae. Aquí no. Aquí tampoco. ¡Ah! Aquí. «Pérdida.» *(Satisfecho.)* Sí que lo trae. *(Lee.)* «Ayer se extravió, pasando por las calles de... un imperdible de oro y platino figurando un dragón, con un brillante en la boca.» Me parece que está bien especificado. «Se gratificará espléndidamente su devolución en la calle de...» No hay lugar a dudas.

Felipe *(Aparte a Ursula.)* Me parece que no lo encontrarán.

D. Juan *(Mirando el anuncio, sonriente.)* Casi me he emocionado. Como es la primera vez que veo

un trabajo mío publicado en un periódico... Veremos si hace efecto. Yo, por mi gusto, le hubiese publicado en todos los periódicos de Madrid; pero la niña dijo que con «A B C» había bastante.

Ursula Si da la casualidad que lo haya encontrado una persona honrada...

Felipe Y que además de ser honrada sepa leer.

D. Juan Voy a ver a Luisa. Debe estar anegada en llanto. Vosotros tener cuidado y si viene alguien, avisarme. *(Mutis por la casa.)*

Felipe Descuide el señor. (Estamos divertidos; tan gruñón como es siempre, con lo que le pasa hoy podemos armarnos de paciencia.)

Ursula A mí sí que me dará el día. Como hay convidados, estará en la cocina con aquel librote que pone sobre el fogón en un facistol, y acabaremos, como siempre, por regañar.

Felipe Pues ayer riñó conmigo. Me dijo que era demasiado viejo para ser jardinero y estuve por decirle que más viejo era él, pero como se pintaba el bigote lo disimulaba.

Ursula ¡Hombre, no le diga usted eso!

Felipe ¿Pero es que se cree que no se le conoce? Pues yo por su bigote sé el día de la semana en que estamos. El domingo, que es el día del remiendo, lo tiene negro completamente; el lunes empieza a blanquear por junto el labio; el martes ya es un poco más blanco, y así sucesivamente, hasta el sábado, en que hace competencia al color de ala de mosca.

Ursula ¡Vaya unas cosas en que ha ido usted a fijarse!

Felipe Como soy jardinero, me interesa todo lo que crece y tiene raíces.

Ursula Buen camandulero está usted hecho. *(Mirando a la segunda izquierda.)* Mire, ahí viene el señorito Gustavo.

Gustavo *(Que entra; deteniéndose. Este joven es el poeta veraniego, autor de la tragedia que ha de representarse en el jardín. Habla siempre en tono declamatorio.)* Buenos días. ¿Hay permiso?

Ursula Pase, señorito.

Gustavo ¿Saben si está visible don Juan?

Felipe Hace un momento estaba aquí

Gustavo ¿Está bien?

Ursula Están bastante disgustados.

Gustavo ¿Qué les sucede?

Ursula La señorita, que ha perdido un imperdible.

Gustavo ¡Perder un imperdible! ¡Oh, qué paradoja!

Ursula Usted debe habérselo visto puesto. Era aquel que figuraba una lagartija.

Felipe No, mujer; que era un cocodrilo.

Gustavo ¡Vaya una oportunidad! A ver si con el disgusto me estropea la obra.

Ursula Ya puede usted figurarse cómo tiene los nervios.

Gustavo *(Preocupado.)* ¡Oh, dioses inmortales!

Felipe *(Aparte.)* ¡Qué blasfemia más elegante!

Gustavo Ya estoy viendo que me compromete el éxito de la obra y que luego la Prensa se me echará encima.

Ursula Haga usted algo, Felipe, que luego el señor...

Felipe Sí, sí. Tienes razón. *(Coge la regadera y hace mutis por la segunda derecha.)*

Ursula Usted sufre porque aprecia a la señorita.

Gustavo ¡Si supiera los sacrificios que hago por ella! Ahora mismo, a pesar de los disgustos y preocupaciones que trae el estrenar una obra, mire lo que he hecho. *(Saca un papel del bolsillo.)*

Ursula ¿Y eso qué es, otra tragedia?

Gustavo Una receta para hacer la merluza en salsa. Es el único procedimiento para alcanzar la simpatía de don Juan. Copio los guisos, me los aprendo de memoria y se los explico como si lo supiera hacer, y desde que he adoptado este sistema observo que hasta me distingue.

Ursula De manera que al señor le digo de su parte...

Gustavo Sí, dile que... *(Oyendo voces dentro.)* ¿Pero qué voces son esas?

Ursula *(Mirando por segunda izquierda.)* Son sus amigos. *(Mutis por la casa.)*

Gustavo *(Yéndolos a recibir.)* No gritéis tanto, que no estáis en vuestra casa. *(Entran por la segunda izquierda SANTANA, GILITO y ARISTA. Santana lleva una jarra extraña y Gilito una alfombra o tapiz arrollado.)* ¿Qué queréis?

Gilito Que todo son dificultades. Ahora resulta que Gutiérrez ha devuelto el papel diciendo que está enfermo.

Gustavo ¡Oh, dioses!

Arista Eso es una excusa. Ayer, cuando se probaba el traje y vió que tenía que lucir las piernas, dijo que se constiparía.

Gilito Y eso no es verdad. Lo que le sucede es que tiene las piernas muy delgadas.

Santana Si tiene las piernas delgadas hace bien en devolverlo. Debéis darle las gracias además. Un griego ha de estar bien formado, estar en posesión de una línea correcta; a los griegos que nacían contrahechos o encenques los mataban. Si Gutiérrez nace en Grecia, no llega a los siete años.

Gustavo ¡Santana, no empieces!

Gilito ¿Y quién es capaz de sustituirle?

Gustavo Si no fuese más que eso... Ayer Luisa perdió una joya y está completamente trastornada.

Santana Aplazar el estreno.

Gustavo Y es seguro que con su estado de ánimo me comprometa el éxito.

Gilito Nos lo compromete.

Arista A mí, para el efecto del decorado, me es igual.

Gustavo Y sin culpa, la Prensa se meterá conmigo.

Gilito Con nosotros.

Santana Y aún hay otro obstáculo que no os he dicho para no poneros de mal humor.

Todos ¿Qué pasa?

Santana Que para hacer los relámpagos no encuentro pez griega.

Arista No disfrutas más que haciéndonos sufrir.

Gilito ¡Santana, por favor!

Gustavo Cuando ya parecía todo resuelto, se nos ha torcido la cuádriga.

Santana ¿Y eso es?...

Gilito Eso significa carro en griego.

Gustavo Yo hasta había conseguido que la Empresa del tranvía pusiese un coche más.

Santana Eso no es nada. Yo había conseguido, a fuerza de recomendaciones, que hiciese luna.

Gustavo ¡Santana, Santana!

Arista Eres un majadero.

Gustavo No os desaniméis y cuidemos de todos los detalles. Veamos a ver qué nos falta de guardarropía. *(Se sientan.)*

Arista *(Sacando un papel del bolsillo y leyendo.)* Un tambor, una ánfora y una alfombra.

Gilito La alfombra está aquí.

Santana Y aquí la jarra.

Gustavo Muy bien. Lo demás lo encontraremos en casa del señor Maldonado, que tiene cosas muy raras.

Santana Y siendo raras, parecerán griegas.

Arista Yo, como director artístico, ya me cuidaré de que los objetos sean apropiados.

Gustavo Hay que tener mucho cuidado con la propiedad, porque si no la Prensa...

Arista *(Leyendo.)* «Una corona de rosas y palmas.» Eso es cosa del jardinero. *(Se levantan todos.)*

Gustavo ¡Felipe! ¡Felipe! ¿Dónde estará ese hombre? Hace un momento andaba por aquí.

Santana Pues si andaba no era él, porque siempre está sentado.

Felipe *(Entrando tercera derecha.)* ¿Me llamaban ustedes?

Arista Necesitamos unas palmas.

Felipe Ya... Ustedes necesitan unas hojas de «fénix funicularis».

Santana Aunque no sean muy «funicularis», no importa.

Gustavo ¡Santana!...

Arista Y además una corona de rosas.

Felipe Les haré una de rosas «injertorum». Ahora lo que no veo tan fácil son las hojas de palma, porque don Juan no me va a permitir cortarlas. Se lo preguntaré *(Se retira hacia el foro, se sienta en la regadera, lía un cigarrillo y lo enciende. Los demás se sientan.)*

Gustavo Cuando veo los obstáculos que surgen pienso: ¿De qué me habrá servido concebir la obra, planearla, desarrollarla, romperme la cabeza versificándola, puliéndola y limándola? Yo creo que respecto a la parte literaria no tendrá nada que objetar. He procurado que el lenguaje tenga aire de primitividad y que el ambiente responda a las costumbres de nuestros padres los griegos.

Gilito ¿Y de la música, qué me decís? ¿No tiene el aire clásico que le es indispensable?

Arista ¿Pues y el decorado y los figurines? Me he documentado sólidamente. La indumentaria es bien griega y los detalles de la arquitectura griguísimos.

Santana Pues yo, por mi parte, ya habéis visto que

la pez de los relámpagos la busco griega auténtica.

Gustavo *(Indignado.)* ¡Con este chico no se va a ninguna parte!

Arista ¡Hombre, Santana!

Santana Me vengo de que me hayáis encomendado el anónimo y encogido cargo de apuntador.

Gilito Parece mentira que seas así.

Santana *(Levantándose.)* Soy apuntador, apunto y disparo ahora sobre el músico...

Gilito No gastes bromas.

Santana Y digo que la plegaria de la diosa «Nike» se parece a una habanera y que cuando el protagonista marcha a la guerra canta el «Waya-Wais». Lo único que está apropiado es el intermedio del primero al segundo acto, durante el cual pasan tres años. Como la melopea que has compuesto es una lata, cuando termine, los espectadores creerán que han pasado tres años de verdad.

Gilito ¡Santana, Santana!

Gustavo ¡Déjale; qué sabe él!

Santana *(A Arista.)* Tú, señor pintor; ¿te has creído que pintar el decorado para una obra es lo mismo que pintar unas florecitas en un almohadón o una marina dentro de una concha?

Arista No sé cómo me contengo.

Santana El templo del primer acto parece el Ministerio de la Gobernación, y si no has puesto el reloj, ha sido porque no supiste pintar la esfera ni la bola.

Arista ¡Santana!

Gustavo Este hombre mata los entusiasmos.

Gilito Deprime los ánimos.

Santana Quiero demostrar que teniendo facultades para cosas de altos vuelos se me posterga, teniéndome encajonado y encogido como una pasa.

Gustavo No tanto.

Santana ¡He dicho que como una pasa! Además, las túnicas de las señoritas son demasiado largas.

Arista El figurín está inspirado en un bajorrelieve de la época, y yo, como director, digo que están bien.

Santana Pues yo, como apuntador, digo que son largas. Y tú, puesto en mi sitio, dirías lo mismo.

Arista ¡Calla, por Dios!

Gustavo Basta, Santana.

Santana ¡Basta! Pues ¿y el argumento?

Gustavo No le escuchéis.

Santana Los dos protagonistas se quieren, y el padre de ella, al saber que el pretendiente es un niño «bien» que no ha servido a la Patria, le dice con voz de trueno: «Guerrero fogueado quiero yo para mi hija.» Fíjate, «fogueado». Garrafal anacronismo, porque si en aquel tiempo no había armas de fuego, los guerreros no podían estar foguéados.

Gustavo *(Apabullado.)* ¡Oh, dioses inmortales!

Santana Te advierto que la crítica te cogerá este disparate. ¿Y el final? ¡Vaya un final! Cae un rayo y mata a los protagonistas.

Gustavo Dejarle. Este, con tal de llevar la contraria, es capaz de decir que en aquel tiempo no había rayos.

Santana No los había como estos que nosotros empleamos, que es un cohete que baja por un alambre. La crítica lo verá y no pasará por el alambre.

Gustavo ¡Mira, Santana!... Vale más dejarlo.

Arista Sí, sí.

Ursula *(Desde lo alto de la escalera.)* El señor baja en seguida. *(Ursula hace mutis.)*

Gustavo Gracias.

Santana ¿Y los versos?...

Gustavo ¡Vete a paseo! ¡Procura hacer bien lo tuyo y déjame en paz!

Gilito Eso, eso. Apunta con cuidado y en voz baja.

Santana ¡En voz baja! ¡Cá! Yo leeré bien alto, y así, si os equivocáis, el público verá que no es culpa mía.

Gustavo ¡Hombre!...

Gilito ¿Qué dices? No hará eso, y, si lo hiciera, el público le llamaría al orden.

Santana Pues si me llama, saldré a saludar, y en paz.

Gustavo ¡Mentecato!

Gilito Está loco.

Arista ¡Mal amigo!

Santana *(Haciéndose el indignado.)* ¡Ah! ¿Sí? ¡Pues no apunto, ea! Buscaros otro infeliz.

Gustavo ¡Hombre, no hay para tanto!...

Santana Ya está dicho. Y me voy.

Arista Escucha, Santanita. *(Inicia el mutis.)*

Santana ¡Que no quiero! *(Mutis por la derecha. Gilito y Arista le siguen.)*

Gustavo ¡Convencerle, por Dios; convencerle!

Felipe *(Que estaba sentado en el fondo observándolos.)* ¡Ja, ja, ja! Me divierten estos mozos. *(Se va segunda izquierda.)*

Gustavo ¡No faltaría más! ¡Después que veo el éxito tan seguro!... ¡Oh, sí! La virilidad de mis versos se impondrá. *(Recitado.)* Y caiga el rayo destructor sobre mi frente antes que oír de tus labios: «¡Te aborrezco!» *(Interrumpiéndose.)* ¡Caray, que don Juan está para salir! Tengo que repasar. *(Saca el papel del bolsillo, leyendo.)* «Después de frito el pescado, tritúrese un poco de perejil.» Aquel trozo del segundo cuadro ha de emocionar por lo atrevido de la concepción. *(Recitando.)*
«A otra mujer adora el miserable,
mientras que ya mi juventud, marchita,
pierde su aroma del que nadie goza.»

D. Juan *(Sale de la casa y se queda mirando los ademanes descompuestos de Gustavo.)* ¿Qué le pasa a este chico?

Gustavo *(Sin darse cuenta.)* ¿Dónde se encontrará? ¿Dónde buscarlo?

D. Juan (¡Pobre muchacho! Está desesperado por la pérdida del alfiler.) ¡Gustavo!

Gustavo (¡Oh, dioses! Y yo sin repasar la receta.)

D. Juan Sosiéguese usted. He oído sus últimas palabras. Usted está desesperado pensando en el disgusto que pasamos.

Gustavo Sí, señor; sí.

D. Juan No lo tome tan a pecho, ¡qué caramba! He puesto un anuncio en «A B C» y confío en que se encontrará.

Gustavo ¿Y su hija?

D. Juan Calcule usted. Ahora acabo de llamar en su habitación y ni siquiera me ha contestado. Debe estar desconsoladísima.

Gustavo Crea usted que lo siento como si fuese mío.

D. Juan Gracias, Gustavo.

Gustavo Hablando de otra cosa. ¿Vendrá doña Elena a la función?

D. Juan Naturalmente. Ella no sabe decirme a nada que no.

Gustavo ¿Y aquel periodista amigo de usted?

D. Juan Procurará venir; pero, aunque no venga, hablará de la obra y de la niña.

Gustavo ¡Oh, qué contento estoy! Si no fuera por el contratiempo de ustedes, me sentiría completamente feliz.

D. Juan (Es un buen muchacho. Tiene un excelente corazón.)

Gustavo ¡Si yo pudiese ayudarles!

D. Juan (Elena me dijo: «Case primero a su hija.»)

Gustavo ¡Pobre Luisa!

D. Juan *(Enternecido.)* El interés que demuestra por nosotros yo sabré recompensarlo algún día.

Gustavo ¡Oh, don Juan! ¿Y cómo?

D. Juan Hombre, ya veremos. (Si me descuido, le pido la mano.)

Gustavo *(Aparte, contento.)* ¡No dice que no! *(Alto.)* Ahora que me acuerdo; ¿quiere usted que le diga la manera de hacer aquel guiso tan exquisito de que le hablé?

D. Juan ¡Ya lo creo, hombre! Con mucho gusto.

Luisa *(Saliendo de la casa. Muy alegre.)* Buenos días.

(Los otros dos se miran sorprendidos al ver la tan alegre.)

Gustavo Buenos días. (Pues sí que está triste.)

Luisa *(Dando un beso a don Juan.)* ¿Qué tal, papá?

D. Juan *(Muy sorprendido.)* Bien, ¿y tú? ¿Sabes que me extraña mucho verte tan alegre?

Luisa *(Quedándose seria de pronto.)* (¡Ay, es verdad!)

D. Juan Yo creía que si tardabas tanto en salir de tu cuarto era porque estabas mala del disgusto.

Luisa Es que me dice el corazón que lo encontraremos.

D. Juan Pero hasta que no lo encontremos, no estaría demás que te preocupases un poco.

Luisa No. Si ya me preocupo.

Felipe *(Saliendo.)* Señor...

D. Juan *(Yendo a recibirlo al foro.)* ¿Viene alguien?

Felipe Esos jóvenes que van a hacer teatro me han dicho... *(Siguen hablando bajo.)*

Gustavo ¡Luisa!

Luisa Gustavo, por Dios, no me hable usted de amor. Con el disgusto que tengo, no estoy para nada.

Gustavo ¡Ah!, ¿no? Yo que quería hablar hoy a su papá.

Luisa ¿Hoy? ¿Precisamente hoy? No, Gustavo. ¡Con lo preocupado que está!...

Gustavo ¿Por qué ahora que me veo con fuerzas usted me detiene?

Luisa Espere usted hasta mañana.

D. Juan *(A Felipe.)* Bien, hazles la corona; pero sin estropear el rosal.

Felipe Descuide usted. *(Desaparece segunda izquierda.)*

Gustavo Mañana, no. *(Viendo a don Juan solo.)* Ahora mismo. *(Decidido.)* Don Juan, si me pudiera conceder unos minutos...

D. Juan Ya lo creo, con mucho gusto. *(Quedan los dos en el foro formando grupo y hablando bajo.)*

Luisa *(Que ha quedado en primer término.)* (Si se espera a mañana, no llega a tiempo.)

Elena *(Sale de la casa, y viendo a don Juan distraído, se acerca de puntillas a Luisa.)* ¡Luisa!...

Luisa *(Contenta.)* ¡Doña Elena!

Elena (Te he de decir una cosa.)

Luisa *(Preocupada, mirando a su padre y a Gustavo.)* (Yo también he de explicarla algo.)

Elena *(Llevándose la mano al pecho.)* (¿Se lo doy? ¿No se lo doy? No, no. De ninguna manera.)

Luisa Calcule usted que a Gustavo le ha dado la ocurrencia de hablar hoy con papá.

Elena *(Contenta.)* ¡Muy bien!

Luisa *(Extrañada.)* ¿Eh?

Elena Quería decir que es una insensatez lo de este muchacho.

Luisa Si pudiésemos oír lo que dicen... *(Pausa.)*

D. Juan Gustavo, usted va muy de prisa.

Luisa (Muy bien, muy bien.)

Gustavo Me parece que se equivoca usted. A mi entender, antes de echar la salsa hay que freír el pescado.

Luisa *(Conteniendo la risa.)* No se ha atrevido.

D. Juan De todas maneras debe ser sabroso, y lo anotaré en mi recetario.

Luisa *(A Elena.)* ¿Y qué es lo que me tenía que decir?

Elena Cállate, que vienen.

D. Juan *(Adelantándose.)* ¡Oh, tanto bueno por mi casa!...

Gustavo Le agradezco con toda el alma que haya aceptado la invitación.

Elena Y yo que ustedes se hayan acordado de mí.

D. Juan Supongo que Luisa le habrá explicado que ayer perdió el imperdible.

Elena Es la primera noticia.

D. Juan ¡Ah! ¿Todavía no se lo habías dicho? Pero, chiquilla, ¿cómo es eso? Parece que te tenga sin cuidado.

(Hablan los tres formando grupo.)

Gustavo *(Que ha quedado solo. Desesperándose.)* ¡No me he atrevido! ¡Me daría de cabezadas contra la pared! *(Hace gestos exagerados.)*

D. Juan *(Fijándose en él.)* En cambio, ahí tienes a Gustavo. Desde que se enteró tiene una desesperación como si lo hubiera perdido él.

Gustavo *(Reparando en que le miran.)* ¡Ah! *(Despidiéndose.)* Con permiso de ustedes me retiro. Tengo que ultimar algunos detalles de la función...

D. Juan Yo le acompaño, y de paso veré cómo van esos preparativos...

Gustavo Y yo repasaré la obra. (Lo del guerrero fogueado tendré que retocarlo.) *(Don Juan y Gustavo hacen mutis por segunda derecha.)*

Elena ¡Gracias a Dios!

Luisa ¿Qué es lo que pasa?

Elena No sé cómo decírtelo; y el caso es que la hora se acerca y hay que tomar una resolución.

Luisa ¿Una resolución?

Elena ¡Si vieses cómo me arrepiento de haber accedido a quedarme el alfiler!

Luisa ¿Por qué?

Elena Si no me hubiese comprometido a estar aquí a una hora fija, me hubiese quedado en casa buscándolo.

Luisa *(Consternada.)* ¿Es que se ha perdido?

Elena Sí, hija; sí. Cuando te marchaste me parece que lo dejé encima del tocador. Después entraron a arreglar mi cuarto Tomasa y Gervasio, pero no creo que ellos...

Luisa ¡Oh!...

Elena Les he dejado encargado que lo busquen, y que así que lo encuentren lo traigan.

Luisa ¡Y Enrique que estará para llegar! Hay que decidir qué hacemos; porque si entra confiado en que le daremos e imperdible y dice que lo trae...

Elena Sí, claro. Pero él no se apura por nada; ya encontrará una salida.

Luisa ¡Vaya un compromiso si no lo encontramos: él desconfiará de nosotras y todo el plan se va a tierra!

Elena *(Aparte.)* Eso me convendría.

Luisa Dijo que vendría a las once y cuarto. ¿Qué hora es?

Elena *(Mirando el reloj de pulsera.)* (Las once y cuarto en punto.) *(Alto.)* Todavía falta mucho.

Luisa Lo mejor sería esperar en la puerta del jardín y advertirle de lo que pasa.

Elena Sí; pero hace mucho sol para esperar allí a pie firme. Ve a buscar una sombrilla.

Luisa En seguida vuelvo. ¡Dios mío, qué contratiempo! *(Mutis por la casa.)*

Elena (Me sabe mal el disgusto que acabo de darla; pero es por su bien. Ella, tan buena, tan inocente, casarse con un hombre tan despierto y que ha corrido tanto. A mí no me engañará tan fácilmente.)

Felipe *(Por la segunda izquieda, muy animado.)* ¡Don Juan, don Juan!

Elena ¿Qué sucede?

Felipe Acaba de llegar un caballero en un automóvil muy lujoso, diciendo que ha encontrado una alhaja que tal vez sea la que anuncian en el periódico.

Elena *(Contenta.)* ¿Y dónde está?

Felipe Espera a que le reciba el señor.

Elena Pues corre. Dile que pase y en seguida avisas al señor Cantueso.

Felipe Voy, voy. ¡Qué alegría le voy a dar al amo! *(Mutis segunda izquierda.)*

Elena La fortuna está de mi parte. *(En la puerta de la casa.)* No vengas, Luisa, que ahora voy yo, y de paso dejaré el sombrero. Saldremos por la otra puerta. Muy bien. (Ahora que ya ha caído en la trampa, nosotras a vigilar que no entre.) *(Mutis riendo por la casa.)*

Felipe *(Dentro.)* Pase, pase, caballero. *(Entran él y ENRIQUE.)*

Enrique *(Receloso.)* (Es extraño.)

Felipe Siéntese. Ahora mismo avisaré al amo.

Enrique ¿Dice usted al... amo?

Felipe Así me lo han dicho.

Enrique (Debe ser alguna combinación de ellas.)

Felipe *(Haciendo mutis por la segunda derecha.)* ¡Don Juan, don Juan!

Enrique Es una delicia el poder dar alguna novedad a la vida. Yo, cuando hago algo imprevisto, fuera de lo vulgar, disfruto.

D. Juan *(Dentro.)* ¿Pero es verdad?

Felipe *(Idem.)* Dice que sí.

Enrique *(Mirando donde se oyen las voces.)* (¡Mi padre político! ¿Pero y ellas?)

D. Juan *(Saliendo, emocionado.)* ¡Ah!

Felipe *(Señalando a Enrique.)* Ahí lo tiene usted.

D. Juan *(Dándole la mano.)* ¡Caballero!

Enrique Enrique Rosal, servidor de usted.

D. Juan Gracias. Tengo una verdadera satisfacción. Bueno; ya se lo figurará. Así es que usted... *(Se sientan. Felipe queda escuchando.)*

Enrique (Es preciso entretenerle hasta ver si salen.) Tiene usted una finca hermosísima.

D. Juan *(Impaciente hasta el final de la escena con Enrique.)* No está mal.

Enrique Demuestra que su propietario, además de un gusto exquisito, posee una fortuna espléndida.

D. Juan ¡Pche!

Enrique (¡Y no salen!) *(Alto.)* Sí, sí; espléndida. Lo primero que llama la atención es la verja con aquella exuberancia de enredaderas todas en flor.

Felipe *(Con naturalidad.)* «Campanillus trepadorum».

D. Juan *(Nervioso.)* Eso es, campanillas «trepadorum», pero...

Enrique *(Rápidamente.)* ¿Se extraña usted que no alabe la avenida que conduce desde la entrada hasta aquí? Iba a hacerlo ahora mismo. Puede usted estar orgulloso de aquellos árboles, verdaderamente excepcionales.

Felipe «Hojarascun ombribulos.»

D. Juan *(Fuera de sí, a Felipe.)* ¡Vete a regar, majadero!

Felipe *(Se retira al fondo, donde queda escuchando, sentado en la regadera.)*

Enrique (¿Habrá sido una broma?) *(Alto.)* Mire usted si me ha gustado la avenida, que estoy deseando marcharme... para volver a pasar por ella.

D. Juan *(Nerviosísimo.)* Hágase usted cargo de que yo sufro...

Enrique Sufra usted de lo que sufra, esta temperatura le ha de aliviar.

D. Juan Sí, sí; pero yo desearía que me sacara usted de dudas.

Enrique ¡Ah! ¿Usted duda entre vivir aquí o vivir en Madrid? No vacile usted ni un momento. Aquí está usted como en la gloria.

D. Juan Sí, sí; pero verá usted. El jardinero me ha dicho que usted ha encontrado...

Enrique Hombre, encontrar precisamente... El pobre hombre, en su deseo de dar una buena noticia, habrá exagerado.

D. Juan *(Desanimado.)* Entonces...

Enrique (Preparemos la retirada.) *(Alto.)* Yo vengo a ofrecerle mis servicios para descubrir el paradero de esa joya. Con los datos que usted me indique y los medios de que yo dispongo, me voy a casa y empiezo mi labor.

D. Juan Entonces; ¿usted es uno de esos que han puesto de moda las novelas?

Enrique Sí, señor. Soy un detective.

D. Juan *(Satisfecho y asombrado.)* ¡Caramba!

Enrique No lo hago por idea de lucro, sino por distracción. Soy soltero. No tengo familia. Disfruto de una posición desahogada, y como no tengo nada que hacer, leo los periódicos, y si encuentro algún asunto que me interesa, me preocupo de él. Hoy he leído en «A B C» la sección de pérdidas, cosa que no hago nunca; porque yo, no tratándose de robos, no puedo hacer nada.

D. Juan Así, pues...

Enrique Espere, espere. ¿Ya está usted seguro de que se trata de un extravío? Porque da la coincidencia de que por las calles que se indican en el anuncio, opera un espadista muy hábil. Eso es precisamente lo que me ha hecho venir. La alhaja figuraba un dragón, ¿verdad?

D. Juan Sí, señor. Un dragón con tres caracolitos en la cola.

Enrique El periódico no decía nada de caracoles.

D. Juan Pues se los habrán comido en la imprenta.

Enrique ¡Ya! Permítame usted que tome notas. *(Saca un cuadernito y un lápiz.)*

D. Juan Todo él estaba cuajado de brillantes figurando la escama.

Enrique Perfectamente. *(Escribiendo.)* «Dragón, cuajado y... escamado.»

D. Juan Los ojos eran dos rubíes, y en la boca tenía un brillante muy gordo.

Enrique Muy bien. (Si se trata de una broma, nos vamos a ver las caras, señoras mías.) *(Alto.)* Para completar los antecedentes, me es necesario hablar con la persona que lo perdió.

D. Juan Mi hija.

Enrique Y si hubiera alguna más que pudiera proporcionarme algún detalle... ¿De dónde salía cuando lo perdió?

D. Juan De visitar a una señora amiga, que precisamente está hoy en casa.

Enrique Muy bien. Entonces, si usted me permite...

D. Juan Ya lo creo. Ahora mismo hablará usted con ellas. *(Mirando a la derecha, sin levantarse grita.)* ¡Felipe!

Felipe *(Que por escuchar la conversación se ha ido acercando poco a poco hasta quedar detrás de la butáca de don Juan, dice gritando, creyéndose que está lejos.)* ¡Vaaaa!

D. Juan *(Dando un salto, muy asustado.)* ¿Eh? Vaya un susto que me has dado, imbécil. Di a doña Elena y a Luisa que vengan en seguida.

Felipe Volando. *(Se va por la segunda izquierda, muy despacio.)*

D. Juan Y en cuanto a sus honorarios...

Enrique No hablemos de eso. Se lo ruego. Yo practico el detectivismo por afición, y con la amistad de las personas a quienes he servido, me doy por satisfecho.

D. Juan ¡Oh, amigo mío!

Enrique A un comerciante que le descubrí al culpable de ciertas sustracciones, le acepté, y eso después de rogármelo mucho, una comida. Eso es lo más usual.

D. Juan Me parece muy bien.

Luisa *(Con ELENA, de la casa. Esta viene sin sombrero y las dos traen sombrillas.)* ¿Qué quieres, papá? *(Viendo a Enrique.)* (¿El aquí? ¿Por dónde habrá entrado?)

Elena (¿Qué habrá ocurrido?)

D. Juan El señor, que se interesa mucho por nosotros, confía en encontrar el alfiler. Pero para conseguirlo es indispensable que te haga algunas preguntas.

Enrique Si la señorita es tan amable...

Elena *(A Luisa.)* (Dile lo que pasa. Yo entretendré a tu padre.)

Luisa *(Acercándose a Enrique.)* Puede preguntar cuanto quiera.

Enrique Muchas gracias. Dígame usted, señorita, ¿no observó...? *(Aprovechando que Elena y don Juan hablan.)* (Pero, ¿qué ha ocurrido?)

Luisa (¿Por dónde ha entrado usted?) *(Hablan en voz baja.)*

D. Juan *(A Elena.)* Tengo en él una confianza absoluta. Es el famoso detective Kique Rosal.

Elena Enrique.

D. Juan No; Kique, Kique.

Elena *(Aparte, por Enrique.)* (Tiene recursos para todo.)

Enrique (¡Vaya un conflicto!)

D. Juan ¿Ya tiene usted todo lo que desea de la niña?

Enrique ¡Ca!... *(Alto, a don Juan.)* De los datos que me ha proporcionado se deduce que la joya ha sido robada... Confíen ustedes en mí. Por lo pronto, he ordenado a mi segundo que practique pesquisas en los lugares donde se reune la gente del hampa.

Luisa *(A Elena.)* ¿Y si no lo encuentran?... *(Rompe a llorar.)*

D. Juan Bueno; ¡ahora ésta!... Chiquilla, no te entiendo. Cuando lo dábamos por definitivamente perdido, no te afligías lo más mínimo, y ahora que el señor Rosal nos da algunas esperanzas...

Enrique Cálmese, señorita. Opino ha sido robada, porque por el sitio por donde usted pasó trabaja precisamente un ladronzuelo de los más afamados por su finura.
(Felipe, que se habrá ido acercando al grupo, se encuentra ahora detrás de don Juan.)

D. Juan ¡Sopla!

Enrique *(Hojeando la libreta.)* Ahora sabremos quién es. *(Leyendo.)* «El Pecoso», «El Chupalipis», «El Largo». ¡Ah, este es! «El Largo». Veamos. *(Leyendo.)* Trabaja en el distrito... del lunes a... ¿Qué día es hoy?

Felipe *(Rápidamente, después de haber mirado el bigote de don Juan.)* Miércoles.

D. Juan *(Sorprendido.)* Hombre. ¡Vete a regar! *(Felipe se va pausadamente por la segunda izquierda.)* ¡Que siempre se ha de meter en lo que no le importa!...
(Sale URSULA de la casa.)

Ursula *(A don Juan.)* Señor... *(Viendo gente.)* ¡Ay, ustedes disimulen!

D. Juan ¿Qué hay?

Ursula *(Se acerca a don Juan y le dice en voz baja.)* La pasta de las croquetas está a punto de que usted le eche los ingredientes.

D. Juan *(Nervioso.)* (¡Demonio!... El caso es que ahora estoy con este señor y...) Está bien, en seguida voy.

(Mutis Ursula por la casa.)

Luisa Vaya, vaya, papá...

Enrique *(Rápido.)* Por mí, puede usted irse; precisamente yo también me retiro. Tengan confianza en mis pesquisas, y para calmar su natural ansiedad, si me lo permiten, vendré cada mañana y daré por aquí una vuelta todas las tardes, para enterarles de la marcha del asunto.

D. Juan Cuánta molestia.

Elena (Ya salieron las vueltecitas.)

D. Juan Muchas gracias por su interés... Perdone usted que me retire, pero unas «croquetas»... digo, un asunto de gran importancia...

Enrique ¡No faltaba más! A sus órdenes.

D. Juan Gracias, señor Rosal. *(Saluda y entra en la casa. Rápidamente forman grupo Luisa, Elena y Enrique.)*

Luisa *(Viendo que ha desaparecido su padre.)* ¡Gracias a Dios!

Enrique Pero ¿qué ha pasado?

Elena Que el alfiler se ha perdido de veras.

Enrique Sí; ya me lo ha dicho Luisa. ¿Y cómo no han salido a prevenirme?

Luisa Ibamos a hacerlo; pero no nos dió usted tiempo.

Enrique Menos mal que he salido del paso diciendo que era detective, justificando así que no trajese conmigo la joya.

Elena *(Fingiendo disgusto.)* ¡Por hacer un favor, ya ven qué trastorno estoy pasando!

Enrique *(Que la observa de reojo dice con recelo.)* ¡Ya!

Luisa *(Mirando hacia segunda izquierda.)* Callen ustedes. Tal vez viene alguien de su casa con ella.

Elena (Sí, sí; espérate sentada.)

(Por segunda izquierda comparece FELIPE. Como siempre, anda muy despacio.)

Luisa *(A Felipe.)* ¿Ha venido alguien de casa de doña Elena?

Felipe No, señorita. *(Va al fondo, coge una regadera, se la pone al brazo y se queda allí observando mientras lía un pitillo.)*

Elena No apurarse, yo vigilaré. *(Mira por la segunda de la izquierda, observando al propio tiempo a Luisita y Enrique.)*

Luisa *(A Enrique, con coquetería.)* Y diga usted. ¿No le parece que si el imperdible no se encuentra, usted no queda muy bien a los ojos de papá y no favorece a su plan?

Enrique ¿Por qué no dice usted nuestro plan?... Pero no hay que preocuparse. Para todo tengo solución.

Luisa ¿Sí?

Enrique Por de pronto, tengo pretexto para venir aquí y verla.

Luisa Sí, pero...

Enrique Y en último caso, como recuerdo perfectamente la forma, dimensiones y otros detalles del imperdible, este ir y venir durará... el tiempo que emplee mi joyero en hacer otro igual.

Luisa ¡Oh, eso, no!

Enrique Sí, señorita, sí. Se ha perdido por haberse puesto en práctica mi plan, y me hago responsable.

Luisa De ningún modo.

Enrique Es inútil. Estoy decidido; será como era el otro; tal vez mejor. El brillante, más gordo todavía.

Luisa No; papá puede notarlo y...

Enrique Lo notaría si fuese más pequeño; ¿no le parece? Pero siendo mayor...

Luisa *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué gracia!

Elena *(Intrigada.)* (¿Rien?) *(Se acerca a ellos.)*

Luisa ¿La traen?

Elena No.

Enrique *(Indiferente.)* Ahora ya me es lo mismo que aparezca o que no aparezca.

Elena (Yo averiguaré lo que ha sucedido.) Me voy al otro lado del jardín, y si viene alguien de casa con el imperdible, le digo que me lo dé y se evite el que entre aquí.

Luisa Muy bien pensado.

Elena Pues hasta luego. *(De pronto, deteniéndose y con el objeto de llevarse a Luisa para que*

ésta no se quede con Enrique, dice.) ¡Ah!... El caso es que no recuerdo bien el camino. ¿Quieres acompañarme?

Luisa ¿Vamos a dejar solo al señor?... ¿Y si vienen?

Elena Ya nos avisará el jardinero.

Felipe Sí, sí; vayan ustedes tranquilas.

Enrique Vayan ustedes.

Elena *(Al hacer mutis por la derecha, último término, la dice a Luisa.)* (¿Pero qué te ha dicho?) *(Desaparecen hablando.)*

Enrique *(Que las ha estado observando.)* (Se la ha llevado. Esto es sospechoso.) *(Se queda pensativo. Pequeña pausa. Felipe se acerca a Enrique y le dice.)*

Felipe ¿De modo que la joya no parece?

Enrique *(Con disgusto.)* Por ahora, no.

Felipe Menos mal que ustedes los detectives, según he comprendido por las películas, al final de todo se salen con la suya.

Enrique Sí, en las películas, sí.

Felipe Cuando la cosa está tan enmarañada que nadie es capaz de entenderla, llega el detective y ¡zás!, se fija en un detalle y lo descubre todo.

Enrique *(Nervioso.)* Tiene usted razón. ¿Ve usted? Un ejemplo. Con lo que he visto desde que he llegado aquí, comprendo que cualquier cosa le sirve a usted de pretexto para no trabajar.

Felipe *(Mirándole extrañadísimo con los ojos y la boca muy abiertos.)* (¿Eh?...) Pus ahora le falló a usted, señorito. Pa que usted lo sepa, no he parado de trabajar en toda la mañana, yendo al surtidor a llenar la regadera y regando.

Enrique *(Después de mirar la regadera.)* Pues yo afirmaría que no, porque la regadera, si se llena en el surtidor, forzosamente se ha de mojar exteriormente, y ésta no lo está.

Felipe *(Sorprendido.)* (¡Caray, pues es verdad! ¡Si se fija el amo!...) *(Decidido.)* Voy a mojarla... exteriormente. *(Antes de hacer mutis por la derecha, primer término, dice mirando de reojo a Enrique.)* (¡Cualquiera se la da a este tío!) *(Desaparece. Enrique se queda muy pensativo y se dirige a primer término izquierda, sentándose en un sillón.)*

Enrique No acierto a explicarme... *(Pausa.)*
(Entra GERVASIO por segunda de la izquierda. Como viene de la calle, lleva gorra o sombrero.)

Gervasio No se ve a nadie.

Enrique ¿Quién hay? *(Al verlo se levanta muy contento.)* ¡Ah! ¿Es usted?

Gervasio ¿Usted por aquí?

Enrique Afortunadamente.

Gervasio ¿El señor sabe si ha venido doña Elena?

Enrique Sí; pero no es necesario que la espere. Deme usted el recado.

Gervasio ¡Ah! ¿Sí?
(Toda esta escena debe llevarse con cierta rapidez, hablando Enrique y Gervasio con misterio y en voz baja para no ser oídos.)

Enrique ¡Chist! Hable usted bajo. Démelo. Tome, para usted. *(Le da dinero.)*

Gervasio ¿Para mí?

Enrique Y váyase escapado, que no le vea el dueño de la casa.

Gervasio *(Más misterioso.)* Pero...

Enrique El recado que usted trae me interesa a mí tanto como a ella.

Enrique *(Saca un trocito de tela y dice poniéndolo sobre la mesa.)* ¡Ah, bueno... bueno! Pues aquí le tiene usted. Dice la modista que en todo Madrid no encuentra tela como ésta; que la diga qué piensa hacer, y que si no se le dice en seguida, no tendrá el vestido para el domingo que viene.

Enrique *(Mira fijamente a Gervasio muy extrañado, y después, muy incomodado, le dice.)* ¡Devuélvame el dinero!

Gervasio *(Sorprendido, devolviéndoselo.)* ¿Eh?...

Enrique ¿Doña Elena no les ha dicho a ustedes que buscasen un objeto, y que si lo encontraban lo trajesen aquí inmediatamente?

Gervasio No, señor.

Enrique ¿De veras? Lo que yo me figuraba... ¡Oh, qué rayo de luz!... *(Dándole el dinero otra vez.)* Tome, joven; para usted.

Gervasio *(No atreviéndose a cogerlo.)* ¿Es en serio?

Enrique Sí, y su señora le aseguro que me oirá.

Gervasio ¡Por Dios, señorito; no me comprometa usted!

Enrique *(Después de pensarlo.)* No tenga cuidado. Usted se marcha y vuelve dentro de un rato. Yo

ya habré hecho lo que tengo que hacer, y de este modo no podrá figurarse que usted me ha dicho eso, porque ignorará que nos hemos visto.

Gervasio Es que si me despidiese...

Enrique Venga usted a mi casa; lo tomaré a mi servicio. *(De pronto, mirando hacia la derecha.)* Cuidado, que vienen. Váyase. Póngase detrás de mí.

Gervasio *(Gervasio se pone detrás de Enrique, y tapado por éste, se dirige a segunda izquierda.)* (¡Qué cosas más raras me hace hacer este hombre!) *(Al hallarse junto a la segunda izquierda, desaparece por ésta, volviendo Enrique a primer término.)*

Enrique *(Frotándose las manos muy nervioso.)* Muy bien, doña Elena. ¿Tal vez el despecho?... Claro, fuí tan torpe, que la puse el arma en las manos.

(Por la derecha, último término, aparecen ELENA y LUISITA.)

Luisa No hemos visto a nadie.

Elena Sufro lo indecible.

Enrique Yo, en cambio, estoy muy satisfecho, porque estoy sobre la pista...

Luisa ¡Pobre papá! Voy a verle. *(Desaparece por la casa.)*

Elena Es decir, ¿que usted cree...?

Enrique Ahora que he puesto a prueba mi inteligencia, veo que tengo admirables disposiciones para ser detective de veras.

Elena Me alegro en parte del contratiempo, ya que él ha hecho que se despertase en usted esa nueva cualidad.

Enrique Y para demostrárselo, desearía que usted se prestase a hacer la primera experiencia.

Elena Sí, sí. Ayúdeme usted a recordar dónde pudo haber dejado el imperdible. De la servidumbre no hay que pensar mal.

Enrique *(Con intención y mirándola fijo.)* Pues ¿de quién?

Elena *(Fingiendo distracción.)* ¿Decía usted?

Enrique Mi deseo es poder seguir el plan que me he trazado. Para empezar, permítame que me sirva de sus ojos.

Elena *(Sorprendida.)* ¿De mis ojos?

Enrique Ayer, al proponerla que guardase usted el alfiler, noté en su mirada una satisfacción vi-

vísima, que se acentuó más cuando lo tuvo usted en sus manos.

Elena Naturalmente; por la confianza que me demostraban ustedes.

Enrique Muy bonito, muy bien dicho; pero ahora, a pesar del disgusto que dice usted que está pasando por haberse extraviado la joya, su mirada nada dice; al contrario, sus ojos siguen riendo como ayer.

Elena ¡Dichosos ojos!

Enrique Me atengo a lo que resulta de la investigación. *(Pequeña pausa.)* Ahora, ¿me permitirá usted que para llegar al fin me valga de otro medio?

Elena ¿Cuál?

Enrique Tener su mano entre las mías. Verá usted qué experimento más curioso.

Elena ¿Por qué no? *(Le da la mano.)* ¿Es que quiere usted hacer que aparezca el alfiler?

Enrique Lo intentaremos.

Elena *(Riendo.)* ¡Ah, ya! ¿Es cuestión de magia?

Enrique *(Mientras toma el pulso, dice muy serio.)* Pulso casi normal; admirablemente dispuesto para el caso.

Elena *(Riendo.)* No me asuste usted.

Enrique Ahora, escúcheme usted; ¿verdad que la joya no está perdida, sino que, por el contrario, está cuidadosamente guardada?

Elena *(Sorprendida, queriendo retirar la mano.)* ¿Qué dice usted?

Enrique El pulso ha sido franco. Al oír lo que he dicho ha alcanzado la excitación máxima, indicándome que sigo una pista acertada.

Elena ¡Vaya usted a paseo con sus experimentos! Y si en realidad fueran ciertas esas suposiciones, ¿a qué podían obedecer?

Enrique Tal vez al deseo de poner inconvenientes...

Elena ¿Qué conseguiría yo con ello?

Enrique Gastarme una broma. ¿Qué tiene de particular? Ahora, que todo esto podría complicarse, porque figúrese usted que el alfiler, siendo como es muy pequeño, se extraviase de veras...

Elena *(Elena, al oír esto, se vuelve rápidamente, y poniendo la mano sobre el pecho, dice con satisfacción.)* (Está seguro.)

Enrique *(Que ha observado el movimiento de Elena,*

dice frotándose las manos con alegría.) (Lo lleva encima.)

Elena Tiene usted una imaginación extraordinaria.

Enrique ¿Qué trabajo le cuesta a usted decirme: «Sí, es verdad; no ha sido más que un capricho»? Sea usted franca. Abrame su pecho y démelo.

Elena (¡Hasta sabe dónde lo llevo!) *(Pausa corta. Enrique espera con la mano tendida.)* No tengo más remedio que rendirme. Mi idea no era otra que retardar un poquito el logro de sus deseos, poner a prueba su inagotable ingenio y ver si lograba ponerle serio. *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! Tenga, tenga. *(Saca el imperdible y se lo da.)*

Enrique *(Contento.)* Gracias. ¿Me permitirá usted que no retrase más el dar cuenta de mi triunfo? *(Yendo hacia la casa.)*

Elena ¡Ah! ¿Pero usted piensa decir...?

Enrique *(Deteniéndose, dice ofendido.)* Señora, la suposición me ofende. Para Luisa, esto lo han traído de casa de usted, y para su padre, lo ha traído mi agente... En fin, deben estar impacientes, y teniendo en la mano el medio de tranquilizarlos... ¿Viene usted?

Elena Vamos.

(Se dirigen hacia la casa. Por segunda izquierda entra GERVASIO.)

Gervasio ¿Se puede?

Elena *(Al verle, se detiene sorprendida.)* ¿Tú aquí? *(A Enrique.)* Permítame usted. Ahora voy. *(Enrique entra en la casa.)* ¿Ocurre en casa alguna novedad?

Gervasio No, señora. Es que ha venido la modista y ha dicho que en todo Madrid no encuentra tela como... como... *(Busca por los bolsillos.)*

Elena (Si llega a venir antes, ¡vaya un compromiso!) ¿Pero qué estás haciendo?

Gervasio Nada, que... no encuentro la muestra de la tela. *(De pronto, viéndola en la mesa donde la había dejado.)* ¡Ah! *(Va a cogerla, deteniéndose en seco. Se queda mirando a Elena.)* (¡Buena la iba a hacer!)

Elena *(Extrañada.)* (¿Eh?) Pero vamos a ver; ¿no acabas de llegar?

Gervasio Sí, señora.

Elena ¿Y la muestra ha llegado aquí antes que tú?

Gervasio (¿Qué digo yo ahora?)

Elena *(Seria.)* Confiesa la verdad; tú ya habías estado aquí.

Gervasio *(Marcado y rápido.)* ¡No, señora; no! ¡De ningún modo!

Elena Pues yo aseguraría que sí... ¡Ah, ya comprendo! He aquí los méritos del señor detective.

Gervasio (¿Qué dice?)

Elena Ahora me lo explico todo. Como a mí no me gustan los misterios, desde ahora dejas de estar a mi servicio.

Gervasio *(Extrañado.)* ¿Me despide usted?

Elena Naturalmente.

Gervasio Está bien. (¡Maldita sea!... ¡Vaya un sofoco!) *(Saca un pañuelo y se seca el sudor.)*

Elena *(Hablando hacia dentro de la casa, con LUISA, que sale.)* No podía haber llegado más oportunamente, ¿verdad, **Luisa?**

Luisa *(Saliendo de la casa seguida de ENRIQUE.)* Ya lo creo. *(Fijándose en Gervasio, que sigue secándose el sudor.)* ¿Usted la ha traído? ¡Pobrecillo, qué sofocado está! El día que vaya por casa de la señora, ya le llevaré a usted un regalito.

(Gervasio se extraña. Enrique sonríe.)

Gervasio ¡Ah! ¿Sí? (¿La una me despide y la otra me hará un regalo?... ¡El demonio que lo entienda!)

Elena ¿Y tu papá?

Luisa Está avisado.

Enrique ¿A ver si viene? *(Se dirige hacia la casa.)*

Gervasio *(Deteniéndolo.)* (Todo descubierto. Yo despachado de la casa.)

Enrique (Vendrá usted a la mía; no se preocupe.) *(Se va a la puerta de la casa. Elena, que a pesar de estar hablando con Luisa les ha estado observando, dice para sí.)*

Elena (Lo que yo me figuraba.)

Gervasio *(Incomodado.)* (Ahora me toca a mí dar el salto de la cotorrita. ¡Maldita sea, hombre!...) *(Vase por segunda izquierda de muy mal humor y murmurando.)*

Enrique Su papá viene.

(En efecto, sale DON JUAN precipitadamente, radiante de alegría. Viene con un delantal de cocina puesto.)

D. Juan ¿Pero es verdad? ¿Dónde está?

Luisa *(Por el delantal.)* ¿Dónde va usted así, papá?

D. Juan *(Quitándoselo.)* (¡Caramba!)

Enrique *(Enseñándole el imperdible.)* Véalo usted.

D. Juan ¡Oh! ¿Y está igual?

Luisa Igual.

Enrique Gracias a que nos hemos dado prisa, porque si tardamos un poco más, hubieran sido desmontadas las piedras y repartidas entre los de la banda, y este artístico dragón desfigurado a martillazos.

D. Juan *(Emocionado, sin saber lo que se dice.)* ¡Pobre animalito! ¡Pero qué talento el suyo! ¡Qué golpe de vista! ¡Qué ojo clínico!

Enrique (¿Clínico?) *(Con modestia.)* ¡Caballero!...

Elena Hemos tenido suerte.

Luisa Si no es por el señor...

Enrique No vale la pena. El éxito se debe a mi segundo. Me tiene muy contento; tanto, que pienso aumentarle el sueldo.

(Por segunda derecha sale GUSTAVO.)

Gustavo ¿Hay buenas noticias?

Luisa Sí.

D. Juan Ya pareció.

Enrique Les felicito y me felicito.

D. Juan Gracias al señor, que es el afamado detec...

Enrique *(Interrumpiéndole.)* No tiene importancia.

Gustavo Voy a decírselo a esos, y vuelvo en seguida para acordar la hora del ensayo. *(Mientras hace mutis por la derecha, segundo término.)* (Esto marcha. *(Declamando.)* ¡Oh, gozo inesperado que el pecho ensanchas!...)

D. Juan *(Por Enrique.)* Ahora caigo. Queda usted invitado a la fiesta.

Luisa No, papá. Lo haremos muy mal.

Enrique ¿De qué se trata?

D. Juan De una función teatral para esta noche. Mi hija toma parte en ella, junto con el elemento joven de la colonia veraniega.

Enrique Asistiré con muchísimo gusto.

D. Juan Y por lo otro, ¿qué debo hacer, señor detective? ¿Cómo podemos demostrarle...?

Enrique No se preocupe usted. Pero aparte de este asunto, tengo el atrevimiento de solicitarle...

D. Juan *(Contento.)* Diga usted.

Luisa *(A Elena.)* (Ahora se lo dice.)

Enrique Pues... otra joya.

D. Juan ¿Cómo?

Enrique La joya a que me refiero no tiene precio y vale un dineral.

D. Juan (Pues no entiendo una palabra.)

Enrique Ya le he dicho a usted que es otro asunto. Fíjese usted bien. Ver a su hija y sentir rápidamente una viva simpatía, ha sido todo uno; hablar con ella e iniciarse un vivo cariño, más breve que el contarlo. Preveo la felicidad que me espera a su lado, y por todo lo dicho, espero me perdone si me atrevo a solicitarle su mano.

(Don Juan se queda pensativo y Luisa de cara a Elena, y por tanto, de espaldas a ellos, da saltos y palmotea contentísima.)

Luisa (¡Qué bien se lo ha dicho, qué bien se lo ha dicho!)

(Don Juan, sin levantar la cabeza, se vuelve hacia la derecha, viendo a Luisa cómo salta y palmotea. Elena figura que la avisa y se está quieta, disimulando. Don Juan se vuelve otra vez y se queda pensativo.)

D. Juan En principio no le digo a usted que no. Pero, la verdad, así tan de pronto... Consultaré con mi hija... *(Quedan hablando.)*

Luisa *(A Elena, repitiendo el juego.)* (¡No dice que no! ¿Ha oído usted?)

Elena *(De mal humor.)* (Sí.)

(Don Juan se vuelve otra vez, sorprendiéndola saltando. Elena la avisa y Luisa cesa de saltar. Don Juan se vuelve hacia Enrique, que también se ha dado cuenta de todo; se miran, sonríe y dice.)

D. Juan Bueno; a mi hija no hay que preguntarle nada. *(Llamándola.)* Luisa, Luisita, ven acá. Elena, haga usted el favor. *(Se acercan.)* Una noticia que va a sorprenderlas... hasta cierto punto. El señor, a pesar de las preocupaciones de su profesión, ha tenido tiempo de fijarse en Luisita, enamorarse de ella y componer un párrafo brillantísimo para pedirme su mano.

Elena *(Disimulando.)* ¡Ah! ¿Sí?

D. Juan ¿Qué contestas a esto, hija mía?

Luisa ¡Papá!...

D. Juan Si a ti te parece que con el tiempo y el trato...

Elena Claro, con el tiempo... la simpatía...

Enrique *(Después de mirar con intención a Elena, dice rápido.)* Permítanme ustedes; debo hacer una observación. Mi porvenir queda seria-

mente comprometido si no me caso en seguida.

D. Juan ¿Eh?

Enrique Nada, un capricho de mi tío, una imposición extravagante si ustedes quieren; pero me deshereda, huye de mis manos su cuantiosa fortuna si no me caso dentro el término improrrogable de... quince días.

D. Juan Pero, ¿qué dice usted?

Elena (¡Ah! ¿Sí? ¡Ya verás!)

D. Juan *(A Luisa.)* ¿Qué dices tú a esto?

Luisa *(Aparte, a Don Juan.)* (Que el tío no debe cumplir la amenaza.)

D. Juan (Comprendido; no digas más.) *(Pensando.)* (Rico, inteligente; puede que sea un caballero... Además, si caso a mi hija, Elena no puede decirme que no.) *(Decidido y sonriendo dice a Enrique, tocándole en la espalda cariñosamente.)* ¡Ya hablaremos, señor Kique; eso es, ya hablaremos!

Enrique Gracias. *(A Luisa.)* Señorita, yo me haré merecedor...

Elena *(Disimulando.)* Les felicito. *(Luisa y Enrique forman grupo a la derecha. Elena dice aparte a Don Juan.)* (Pero, ¿no recuerda usted que Gustavo demostraba cierta inclinación por Luisa?)

D. Juan (¡Sí; pero... a mí me parece que bajo ese aspecto de cortedad y timidez se oculta en Gustavo un libertino, un calavera!...)

Elena ¿Un calavera?

D. Juan ¿Qué quiere usted? Eso de llamarse Gustavo...

Elena *(Fuera de sí.)* ¡Vaya usted a paseo!

(Entran por la derecha, segundo término, GUSTAVO, SANTANA, GILITO y ARISTA.)

Santana Felicito a ustedes.

Gilito Nos alegramos mucho.

Arista ¿Y a quién debemos tanta dicha?

D. Juan A este caballero, que es el famoso detec...

Enrique No vale la pena.

Gustavo (Pues señor, aún no sé quién es.) Por fin quedan resueltos todos los inconvenientes.

Santana ¡Qué van a quedar! ¿Ya no te acuerdas que Gutiérrez no se atreve con el papel?

Gustavo Es verdad. ¡Oh, dioses inmortales!

D. Juan ¡Pobres muchachos!

Enrique Si no fuese muy comprometido... Siento una

verdadera afición por el teatro, y acaso pudiera sacarles de ese compromiso.

Gustavo Usted nos salva.

Arista Reconocido.

Gilito Obligadísimo.

Santana Pues ahí va su papel.

D. Juan *(Muy asombrado, marcando mucho las tés.)* (Estos detectives tocan todas las teclas.)

Gustavo *(A sus amigos.)* Veremos cómo sale, porque el papel es corto, pero...

Elena *(Acercándose. Con intención.)* (No se apuren ustedes; sabe hacer todos los papeles.)

Enrique *(Después de hojear el papel.)* Me gusta.

Gustavo ¿De veras? Usted figura ser un esclavo de la señorita, *(Por Luisa.)* y siempre va usted detrás de ella.

Enrique No se preocupe usted; lo haré perfectamente.

Gustavo Muy agradecido. Esto marcha, A las tres, ensayo general.

Enrique No faltaré.

Gustavo Servidor de usted. *(Saluda a Enrique y va hacia Luisa.)*

Santana *(Saludando.)* Nuestro agradecimiento.

Enrique ¡No vale la pena!...

Gustavo *(A Luisa.)* (Ahora sí que me siento con ánimos de hablar a su papá de lo nuestro.)

Luisa *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!

Gustavo (No se ría usted, que ahora es de veras.) *(A Enrique.)* Puntualidad.

(Gustavo vase conversando animadamente con sus amigos por segunda izquierda.)

D. Juan *(En primer término, frotándose las manos, muy contento.)* (Esto va como una seda; porque claro es que casando a la niña... ¡Ja, ja, ja!...)

Elena *(Incomodada se le acerca y le dice.)* (¿De qué se ríe usted?)

(Luisa y Enrique pasean por el fondo, conversando animadamente.)

D. Juan ¿Recuerda usted lo prometido? Casa usted primero a su hija, me dijo usted, y después hablaremos de nosotros. Exijo ahora el cumplimiento de la palabra.

Elena (El gusto de vengarme de él me pagará el sacrificio.) Pues bien, cuando se hayan casado, disponga usted de mi mano.

D. Juan *(Cogiéndola la mano, muy contento.)* ¿De veras? ¿Por fin accede usted?

Elena Sí. (Seré su suegra, y me las pagará todas juntas.)

D. Juan Estoy loco de contento.

Elena Por ahora, ni una palabra a nadie.

D. Juan Descuide usted. ¡Ja, ja, ja!

Luisa ¿De qué se ríe usted, papá?

D. Juan De nada, hija.

Elena (¡Pobre Rosal!) ¡Ja, ja, ja!

Luisa ¿Usted también?

Enrique *(Preocupado.)* (¡Esa risa trae cola!)

Elena *(A Enrique, muy nerviosa.)* Le veo muy preocupado, a pesar de que todo le ha salido a gusto de sus deseos.

Enrique Efectivamente; he salido victorioso hasta de los obstáculos que me han puesto.

Elena ¡Pero para que vea usted lo que son las cosas! Lo que parecía más sencillo, no lo ha conseguido usted.

Enrique ¿A qué se refiere?

Elena A que el señor Cantueso le siente a su mesa.

Enrique *(Con indiferencia.)* ¡Oh, eso es sencillísimo! (Conviene quedarme, porque si dice que la he pretendido a ella primero y la otra se ofende... ¡Cá, me quedo!) *(Alto.)* Ahora recuerdo, señores...

D. Juan ¿Qué pasa?

Luisa ¿Qué ocurre?

Elena ¿Qué sucede?

Enrique Sencillamente que no puedo tomar parte en la función.

Luisa *(Con sentimiento.)* ¿De veras?

D. Juan ¡Pobres muchachos!

Luisa ¿Por qué no puede usted?

Enrique Porque vivo muy lejos y no llegaría a tiempo al ensayo, y no ensayando figúrense ustedes, puedo comprometer el éxito de la obra, deslucir el trabajo de usted, el de todos... ¿Dónde vive el autor?

D. Juan ¡Pobre Gustavo!

Luisa (¡Qué contratiempo!)

Enrique Yo soy el primero en deplorarlo. *(Después de fijarse que ellas están distraídas, dice a Don Juan rápidamente y marcado.)* Figúrese usted que de aquí a mi casa hay... *(Después de pensar un poco dice en tono ponderativo.)* ¡Ya lo creo! Tal vez más... Comer y estar aquí a las... ¡Imposible!

D. Juan ¿Cómo puede solucionarse?... ¡Ah, ya lo tengo!... Quédese usted a comer con nosotros. *(Elena, muy sorprendida, mira a Enrique.)*

Luisa ¡Eso es!

Enrique *(Mira a Elena guiñándola un ojo y dice inclinándose ceremonioso.)* ¡No sé si debo!...

Luisa *(Suplicando.)* Quédese usted.

Enrique ¡Tanto honor!...

D. Juan Vaya, no diga usted que no. Se lo ruego yo; se lo pide mi hija...

Luisa *(A Elena, que muy nerviosa, está esperando el resultado.)* Venga usted aquí; ayúdeños a convencerle.

D. Juan Sí, sí; venga.

Elena *(Sorprendida.)* ¡Ah! ¿Yo le he de convencer? *(A Enrique, con ironía.)* ¡Vamos, señor Rosal; quédese usted!

Enrique *(Cediendo, complacido, como si le costara trabajo.)* Ya que ustedes se empeñan... En fin, acepto.

Luisa *(Contenta, palmoteando y saltando.)* ¡Acepta! ¡Acepta!

D. Juan *(Satisfecho, abrazándolo.)* ¡Al fin!

Elena (¡Este hombre es el demonio!) *(Se acerca al grupo muy nerviosa y procurando disimular todo lo posible, toma parte en la conversación.)—(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La misma decoración del acto anterior. Todos los muebles están colocados en la derecha primer término.

(Al levantarse el telón, DON JUAN, con traje de calle y llevando el sombrero en la mano, se limpia el sudor; GERVASIO, con delantal, y FELIPE, llevan un baúl.)

D. Juan *(A Gervasio y Felipe.)* Mucho cuidado. *(Mirando a la segunda izquierda.)* Ursula, date prisa.

Felipe *(A Gervasio.)* Yo protesto... El llevar baúles no es de la incumbencia del jardinero.

Gervasio Ya se irá usted convenciendo de que en el mundo no todo son palmas y ramos.

Ursula *(Por segunda izquierda, una maleta.)* ¿Dónde dejo esto?

D. Juan Ahorremos trabajo. *(Coge la maleta y la coloca sobre el baúl que llevan Gervasio y Felipe.)*

Felipe *(Murmurando.)* (¡Vaya una gracia!)

Gervasio *(A Felipe.)* (Es la propina.)

D. Juan *(A Ursula.)* Ahora coloca las mesas y las sillas en su sitio.

(Se va a segunda izquierda, donde se queda mirando. Ursula coloca lo apuntado a derecha e izquierda del primer término.)

Felipe *(A Gervasio, leyendo las etiquetas del baúl.)* Mira si han corrido mundo. *(Leyéndolas.)* «París», «Roma», «Londón», «Nice»...

Gervasio ¡Vamos, hombre; que pesa!

(Tira del baúl, haciendo seguir a Felipe. Desaparecen por la derecha, último término, volviendo en seguida.)

D. Juan ¿Pero qué hacen esos chicos que no entran?

(ELENA entra segunda izquierda.)

Elena Las amiguitas de al lado que los entretienen preguntándoles todo lo que usted puede imaginarse.

D. Juan ¡Curiosas! Claro; les interesa saber lo que dicen los recién casados al volver del viaje de novios.

Elena Puede usted estar contento. Su hija viene guapísima.

D. Juan ¡Sí lo estoy! Crea usted que cuando he visto que llegaba el tren, parecía que el corazón se me salía del pecho. No hay para menos. Nunca me había separado de mi hija, y ahora he estado dos meses sin verla.

Elena Tiene usted razón.

D. Juan ¡Oh, si su madre levantara la cabeza!... ¡Pobre Remigia!... *(A Ursula.)* Guarda el sombrero. *(Se lo da.)*

Ursula Al momento.
(Se va por la casa.)

Gervasio *(Saliendo.)* Ahí hemos dejado el baúl.

Felipe *(Saliendo secándose el sudor.)* «Suoris abundantum».

D. Juan *(A Elena.)* Les he arreglado un nido precioso. *(A Felipe.)* A ver si tienes el jardín bien limpio. Da el grifo del surtidor y el de los juegos de agua de la cascada y haz un ramo de flores para la mesa... *(A Ursula, que sale de la casa.)* No me descuides la cocina, Ursula. A ver si nos lucimos, porque comerá con nosotros el tío del señorito, que tiene muy buen paladar.

Ursula Descuide el señor.

D. Juan Usted, Gervasio, ¿ha terminado de arreglar el hotelito a los recién casados?

Gervasio Nada más falta colgar unos cuadros.

D. Juan Que le ayude Felipe. *(Impaciente.)* ¿Pero aún no vienen?
(Se dirige con Elena a segunda izquierda.)

Felipe *(A Gervasio.)* ¿Yo colgar cuadros? Protesto. Eso no es trabajo mío.

Gervasio Son cuadros con flores.

Felipe ¡Guasón! *(Dándole un manotazo cariñoso.)*

D. Juan *(Mirando hacia dentro.)* ¿Qué veo? ¿Luisa lleva una maleta, con lo que puede perjudicarla llevar pesos? ¡Cojan esa maleta a la señorita!
(Gervasio, Ursula y Felipe se dirigen a segunda izquierda.)

Elena *(Riendo.)* ¿Usted cree?

D. Juan *(Dándole importancia.)* Es que...

Luisa *(Saliendo por segunda izquierda. Los tres criados se precipitan a cogerle la maleta. Felipe se queda con ella.)* ¿Qué es esto?

Enrique *(Saliendo también por segunda izquierda.)* ¿Qué ocurre? *(Le da a Felipe la maleta que él lleva.)* Tenga.

Felipe *(Mirando las dos maletas.)* (¡Me la cargué!)

D. Juan ¡Ah, pájaros; os vuelvo a tener en la jaula y de ella no saldréis hasta que yo lo autorice!

Ursula Cuánto la he echado de menos, señorita... Que lo diga su papá.

D. Juan Y yo... ¡Que lo diga Ursula!... Vamos a cuentas, ¿qué me traéis?

Enrique Es un secreto.

Luisa Después... Ya lo verán luego. De todos nos hemos acordado.

(Movimiento de satisfacción en los criados.)

D. Juan Ir a sacudiros el polvo del viaje y mientras, os harán un piscolabis.

Enrique No hace falta. Hemos comido hace muy poco y...

D. Juan Ir a ver qué da parece el nido.

Luisa *(Dirigiéndose hacia la derecha, último término.)* Sí, sí, vamos, Enrique. En seguida vuelvo, Elena.

D. Juan *(A Enrique, que también se dirige hacia la derecha, último término.)* Ya me dirás qué te parece.

Felipe *(Que sigue a Enrique con las maletas.)* Señorito; ¿puede saberse qué me trae usted a mí?

Enrique La última novedad de París.

Felipe *(Muy intrigado.)* ¿Qué es, qué es?

Enrique Una regadera... que riega sola.

Felipe *(Riendo de mala gana.)* ¡Je... el señorito! *(Desaparecen.)*

D. Juan *(A Ursula y Gervasio.)* Podéis retiraros, y no olvidéis lo que os he dicho.

Ursula Está muy bien.

(Ursula se va por la casa. Gervasio, por la derecha.)

Elena ¿Por qué no va usted a enseñarles la casa?

D. Juan Porque observo que usted no viene y...

Elena Y diga usted, ¿vendrá el tío de Enrique?

D. Juan Naturalmente. Ha ofrecido pasar dos días con nosotros.

Elena (Menos mal.)

D. Juan Ahora que estamos solos, Elena; ¿cuándo ultimamos los detalles de lo nuestro? *(Acerca sillas y se sientan.)*

Elena (¿Cómo quitárselo de la cabeza?)

D. Juan ¿Cuándo le parece a usted más oportuno anunciar nuestro casamiento? ¿Le parece a usted que hoy, a la hora del champán?

Elena Mañana... mañana.

D. Juan Como usted quiera.
¡Ay, Elena, cuándo llegará el feliz momento que...!

Elena Silencio, que viene Luisa.
(En efecto, sale por la derecha, último término. Ha cambiado de vestido.)

Luisa Papá, te felicito. Que casita nos ha preparado; no ha olvidado ni el más pequeño detalle.

D. Juan *(Satisfecho.)* ¿Verdad?... Por cierto que ahora me haces pensar en los cuadros. Voy a ver si Gervasio los ha colgado. Hasta ahora. *(Vase por la derecha, último término.)*

Elena Hasta ahora.

Luisa Adiós, papá. *(Elena y Luisa se sientan.)*

Elena ¿Y qué tal el viaje, qué me cuentas? ¿Habrás visto muchas cosas?

Luisa ¡Un horror! Le aseguro a usted que aún estoy aturdida.

Elena Lo creo.

Luisa París, Venecia, Londres... que sé yo... lo que hemos corrido en dos meses.

Elena Oyéndote renace en mí la viajera malograda, porque a mí me entusiasma viajar.

Luisa Es encantador, créame usted.

Elena La compañía debe influir mucho.

Luisa *(Con ilusión.)* ¡Muchísimo! Cuando pienso que a usted le debo tanta felicidad...

Elena ¿A mí?

Luisa Ya lo creo. Gracias a usted nos conocimos, y hasta fué usted la que nos ayudó en el primer paso. La verdad es que no sé cómo pagárselo. *(De repente, besándola.)* ¡Tome, tome y tome!...

Elena Vamos, no seas tontina... No derroches los besos, que, aunque parezca mentira, también se acaban.

Luisa Con el sistema que seguimos Enrique y yo, no hay cuidado.

Elena ¿Qué sistema es ése?

Luisa Cuando se lo acaban a uno de los dos...

Elena ¿Qué pasa?

Luisa *(Riendo vergonzosa.)* El otro le hace un préstamo.

Elena Muy bien. Apostaría cualquier cosa que esa ocurrencia es de tu marido.

Luisa Sí, de él es. Tiene unas salidas...

Elena Ten cuidado no las emplee para engañarte a ti.

Luisa *(Preocupada.)* ¿Qué quiere usted decir?

Elena Enrique... ¿comprendes? *(Siguen hablando.)* *(ENRIQUE sale por la derecha, último término, donde se queda escuchando.)*

Enrique (Hola! Hablan de mí.)

Luisa De Enrique no temo nada.

Elena Desengáñate, mujer; Enrique es un hombre como los demás, caprichoso, variable, y te engañará si no le vigilas.

Luisa Me pone usted en cuidado.

Enrique *(Acabando la paciencia.)* (Ea, ¡se acabó!) *(Haciendo que llega en este momento.)* ¡Aja já; ya estoy en mi casita!

Luisa (¡Enrique!)

Elena (Disimulemos.) Como te decía, Luisita, te aseguro que mi modista te gustará.

Enrique (¡Sí, sí!)

Luisa Vamos adentro y me dará usted las señas... *(A Elena, mientras hacen mutis por la casa.)* (¿Cree usted que sería capaz?)

Enrique *(Viéndolas irse.)* (¡Me la está echando a perder!... Es natural; aquel cambio de frente no me lo perdona en la vida.)

(DON JUAN entra muy contento, por la derecha.)

D. Juan ¡Oh, Enrique! A ti te buscaba. Viene hacia aquí un caballero que, si no me me engaño, es tu tío.

Enrique *(Contento.)* ¿Ya está aquí? ¡Cuánto me alegro!

D. Juan Sí. Voy a llamar a la servidumbre. *(Llamando.)* Ursula, Gervasio, Felipe. Aquí todos.

Enrique *(Mirando hacia segunda izquierda.)* Sí, él es. *(Yéndose con los brazos abiertos.)* ¡Tío! *(Desaparece.)*

Ursula *(Ursula sale de la casa con una escoba.)* ¿Llamaba el señor?

Gervasio *(Sale por segunda derecha con unos zorros y un plumero.)* ¿Qué manda usted?

D. Juan ¿Y Felipe? *(Llamando.)* ¡Felipe!

Ursula *(Llamando.)* ¡Felipe!

Gervasio *(Idem.)* ¡Felipe!

D. Juan Viene el tío del señorito. Poneros en fila, como si aguardaseis órdenes.
(Señalando a la derecha, último término.)

Gervasio Está muy bien. *(Lo hacen.)*

D. Juan (Como es tan amigo de etiquetas, siempre le agradará que se le reciba con cierto aparato.) Ahora, a avisar a ellas. *(En primera de la izquierda.)* Elena, Luisita, aquí tenemos al tío. A ver si entra.
(Queda mirando en segunda de dicho lado. Por la derecha último término entra FELIPE, muy despacio, con la regadera.)

Felipe ¿Quién llamaba?

Gervasio Ha llegado el tío del señorito.

Felipe *(Haciendo un gesto de marcharse.)* ¿Más maletas?

Gervasio *(Deteniéndole.)* Venga usted aquí.
(Se queda hablando con Ursula y Gervasio y se ponen en fila.)

Enrique *(Por segunda izquierda, abrazando a Don Mariano.)* Dichosos los ojos...

D. Mariano Bueno, hombre, basta...

D. Juan *(A Don Mariano.)* ¡Oh, don Mariano!

D. Mariano ¡Oh, monsieur Cantueso! *(Se dan la mano.)*

Enrique *(Por los tres criados.)* (¿Qué hacen aquí estos?)

D. Juan (Ahora le suelto el parrafito.) En este momento tan señalado, con la alegría... que... (Ahora no me acuerdo.)

D. Mariano Yo siento un gran «plaisir».

D. Juan Pues servidor... dos cuartos de lo mismo.

D. Mariano *(Riendo estrepitosamente, lo que seguirá haciendo hasta el final.)* ¡Ja, ja, ja!... (¡Me hace gracia este señor!)
(Hablan bajo en primer término.)

Enrique *(A los criados.)* Pueden retirarse.
(Muy extrañados, hacen mutis. Ursula, por la casa; Felipe, por la derecha, último término, y Gervasio, por segunda izquierda.)

D. Juan Su visita nos honra mucho, muchísimo, y todos deseamos que su estancia entre nosotros le sea grata, gratísima.

Enrique Mi tío con poco se conforma

D. Mariano ¿Y mi sobrinita?

Enrique Voy a llamarlas. *(En la casa.)* ¡Luisa, doña Elena!

D. Juan *(A don Mariano.)* Ya lo sabe usted, como si estuviera usted en su casa. *(Señalando sin volverse adonde han estado los criados.)* y ahí está la servidumbre, que aguarda sus órdenes.

D. Mariano *(Mirando extrañado.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué bromista! (Cuando digo que me hace gracia este señor.)

D. Juan (Anda, si se han marchado... ¡Plancha!)

Luisa *(Saliendo de la casa.) ¡Tío!*

D. Mariano ¡Luisita! *(Se abrazan.)*

Elena ¡Don Mariano!

D. Mariano *(Haciendo una reverencia.)* ¡Oh, señora! *(La besa la mano.)*

D. Juan *(Abriendo mucho los ojos.)* (¿La besa? ¡Lo habrá aprendido en el extranjero!)

D. Mariano Dos meses sin verla y la encuentro igual. Para usted no pasa el tiempo.

Elena *(Riendo.)* ¡Oh!

D. Juan *(Remedando la risa de don Mariano.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué bromista!

D. Mariano *(Cogiendo con un brazo a Luisa y con el otro a Enrique.)* Al casaros, prometí que en esta fecha nos reuniríamos todos, y aunque me encontraba un poco lejos, aquí me tenéis. Estoy enormemente emocionado al verme entre personas queridas, y mucho más viéndolas en un paraíso como éste. *(Mirando por todo.)* ¡Porque este jardín es un paraíso, señor Cantueso, una finca «charmante»! Un espléndido «chalet», como dicen los franceses; una villa, los italianos, y «caunfry jaus», los ingleses.

(Lo último se pronuncia tal y como está escrito.)

D. Juan (Vaya un charlatán.)

D. Mariano No se extrañen ustedes. Como he viajado tanto, tengo la cabeza llena de lenguas.

D. Juan *(Riendo burlón.)* ¡Je!

D. Mariano Señor Cantueso, su hija de usted es una alhaja, ya lo dije y lo repetiré mil veces.

Luisa ¡Oh!...

D. Mariano Si yo hubiese sospechado que mi sobrino había de elegir tan acertadamente, le obligo a que se case antes.

D. Juan Eso también nos lo había dicho.

D. Mariano Pero lo que seguramente no saben ustedes es que a este pillastre urgía casarlo, porque este granuja... *(Cogiendo a Enrique por una oreja.)*

Enrique *(Temiendo que va a hablar de él.)* (¡Adiós!) Pero siéntese, tío. ¿Quiere usted tomar alguna cosa?

D. Mariano No, gracias. *(Se sientan todos.)* Cuando recibí la postal que me enviasteis desde París, estuve tentado de daros una sorpresa.

Enrique ¿Por qué no vino usted?

D. Mariano Temí estorbar. *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!

Elena Usted toma el tren por menos de nada.

D. Mariano ¡Ah, sí, no lo pienso mucho! Viajar es mi... ¿cómo se dice?

Enrique Manía.

D. Mariano C'est ça!

D. Juan Por cierto que habiendo estado usted en los principales hoteles del mundo, temo que el «menú» que he dispuesto no va a agradarle.

D. Mariano Sí, señor; usted lo ha dicho. En los mejores hoteles y restorans, bien lo dice la afección que padezco.

Elena *(Con disgusto.)* (Qué lástima.)

D. Mariano Estoy delicado del... ¿cómo se llama, a «l'estomac»?

Enrique Estómago.

D. Juan Barriga.

D. Mariano C'est ça! No hay delicia comparable a la de viajar.

Elena Me está alargando los dientes.

D. Mariano Con las comodidades de hoy... Sobre todo en los Estados Unidos, hay unos trenes admirables; con vagón cuarto de baño, vagón sala de billar...

Todos ¡Oh!

D. Mariano Viajar es un encanto; pero también tiene sus contrariedades, naturalmente, es preciso tener un temperamento especial; estar prevenido por si uno se halla en grandes catástrofes. Una persona que no tiene serenidad y sangre fría, no va a ningún sitio, y desengáñense ustedes, la persona que no va a ningún sitio, resulta que no viaja.

Enrique *(Fingiendo entusiasmo.)* ¡Muy bien, tío, muy bien!

D. Mariano No hace mucho fuí testigo presencial de un siniestro ferroviario de los más horrendos.

(A doña Elena.) Figúrese usted que...
(Quedan hablando.)

Enrique *(A Luisa.)* Cuando empieza a contar viajes, parece un explorador.

D. Juan *(Observando a don Mariano y a Elena.)* (¡Esta pareja!... Evitemos la ocasión.) *(Tocando en la espalda a don Mariano.)* Don Mariano...

D. Mariano ¿Qué hay? *(A Elena.)* Perdone usted; después la diré dónde fué a parar el maquinista. *(A don Juan.)* Usted dirá.

D. Juan *(Sonriente y con misterio.)* He de comunicarle una gran noticia. *(Hablan bajo.)*

Enrique *(A Elena y Luisa, con las que forma grupo.)* Ahora las explicaré lo que ha pensado papá para obsequiar al tío.
(Enrique las va hablando, desapareciendo los tres por la derecha.)

D. Mariano No me haga sufrir más.

D. Juan Pues bien. *(Le habla al oído. Riendo.)* ¿Eh? ¿Qué le parece?

D. Mariano *(Muy contento.)* ¿De veras? ¡Oh, mi ilusión realizada! ¿Así nuestro apellido no se extingue?

D. Juan Cá, ya ve usted que el de Rosal lleva trazas de retoñar... Le felicito, ¿eh? Le felicito.

D. Mariano Y yo a usted por de Cantueso, porque como llevará los dos... *(Emocionado.)* «Je suis enchanté».

D. Juan Pues servidor... una cosa parecida. Ahora lo que precisa es que seamos previsores y buscar con tiempo una buena nodriza.

D. Mariano ¡Ah, sí, sí!

D. Juan Eso en seguida, ¿eh?; porque a última hora y con las prisas tal vez no encontraríamos hechas.

D. Mariano *(Extrañado.)* ¿Hechas?

D. Juan Quiero decir... desarrolladas, robustas...

D. Mariano *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! ¿Ve usted? Tampoco recordaba... ¡Ja, ja, ja!...

D. Juan (Todo le hace gracia.)

D. Mariano No se preocupe usted. En Suiza encontraremos. Ya iré yo por ella en un vuelo.

D. Juan Será lo más acertado, porque francamente el biberón...

D. Mariano ¡Ah, no! De ninguna manera.

D. Juan Es poco nutritivo. ¿Ve usted? Yo me crié con biberón y estoy tocando las consecuencias.

Para la edad que tengo no estoy muy fuerte, y lo que es más triste, empieza a flaquearme la memoria...

D. Mariano *(Riendo.)* «¡Oh, mon Dieu!» ¡No es usted tan desmemoriado si se acuerda de cuando lo criaban con biberón!

D. Juan *(Molestado.)* ¡De oirlo decir, hombre!

D. Mariano Ya. *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!

D. Juan *(Indignado.)* (De todo se ríe.)

(Hablan bajo animadamente. Vuelven a escena Elena, Luisa y Enrique.)

Luisa ¡Qué programa!

Enrique Cosas de tu padre. *(Se quedan en grupo hablando.)*

D. Juan *(A don Mariano, paseando y deteniéndose.)* Lo que es curioso cómo conocí a su sobrino. El hacía entonces de detective.

D. Mariano *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! Ya lo sé, ya. Ya me lo ha explicado todo. ¡Ja, ja, ja!

D. Juan *(Indignado.)* (¿Otra vez?)

D. Mariano *(Quedándose serio de pronto.)* Diga usted.

D. Juan Mi hija había extraviado un imperdible figurando un animalito.

D. Mariano Ya sé, una cotorra.

D. Juan Perdone usted, no era una cotorra; era un dragón.

D. Mariano ¡Ah!, ¿sí? Lo confundía. *(Sin poderse aguantar la risa.)* ¡Ja, ja, ja!...

D. Juan No creo que se parezcan tanto para confundirlos. *(Indignado.)* (¡Qué hombre más raro!)

Elena *(A Luisa y Enrique.)* Lo mejor es consultárselo a él mismo. ¡Don Mariano!

D. Mariano *(Haciendo una exagerada reverencia.)* ¡Oh, señora!

D. Juan (¿Ahora el besito?)

(Elena y don Mariano hablan bajo. Luisa y Enrique, en la derecha también. Don Juan, viendo que no la da el beso.) (No se lo da; menos mal.)

D. Mariano Lo que ustedes dispongan estará bien.

D. Juan (Yo necesito hablar con ella.) Oye, Enrique, ¿por qué no enseñáis la casa a don Mariano?

Luisa Sí, tío, vamos. ¿Viene usted, Elena?

D. Juan *(Rápido.)* Elena ya la ha visto. *(Aparte a Elena.)* No se vaya usted.

Luisa ¡Vamos, tío, vamos!

D. Mariano ¡Ah, picaruela!... *(Desaparecen por la casa.)*

D. Juan *(A Enrique.)* ¿Tú no vas? Te advierto que

debes vigilar a tu mujer; en el estado en que se encuentra, una travesura cualquiera...

Enrique No hay cuidado, papá. Luisa es muy juiciosa. Leeré el periódico. Hace tanto tiempo que no he visto uno... *(Se sienta en una mecedora de espaldas a ellos, pero prestando atención.)*

D. Juan (Nada, que se queda.)

Elena (¿Y qué le digo a este hombre?)
(Sale Gervasio por la derecha y coloca en orden las sillas.)

D. Juan (Otro destripacuentos?) *(A Elena.)* ¿Siente usted calor?

Elena *(Nerviosa.)* Sí, un calor... una inquietud...

D. Juan *(Con intención.)* Pues a esta hora en la glorieta se está divinamente... ¿Quiere usted venir? Acepte usted. Ultimaremos algunos detalles y tomará usted un refresco...

Elena No, gracias.

D. Juan Sí, mujer, una copita de Benedictine.

Elena No, no...

D. Juan Vamos, Elena, un refresquito. No me desaire usted.

Elena *(Yendo hacia la derecha.)* Bueno. (Aprovecharé la ocasión para desengañarle. ¿Pero cómo decírselo?)
(Desaparece por la izquierda, segundo término.)

D. Juan *(A Gervasio.)* La botella de Benedictine, una copa y un jarro de agua fresca a la glorieta. *(Gervasio hace mutis por la casa.)* Yo creo que esta mujer me encuentra poco expresivo, poco... *(Animándose.)* Pero quién sabe, tal vez me anime... Sí; la poesía del lugar, el murmullo del surtidor, aquella penumbra tan propicia... *(Riendo y frotándose las manos.)* ¡Je, je, je! ¡Ya veremos; quién sabe...! Enrique, ¿tú te quedas aquí, verdad? Bueno, pues yo voy a ver si los pintores han acabado de pintar la verja. Hasta luego. *(Va hacia el fondo izquierda, y una vez en él, creyendo que Enrique no le mira, se va de puntillas por la derecha.)*

Enrique *(Que ha visto el juego.)* ¿Con que a ver los pintores?
(Sale Gervasio con una bandeja, llevando en

ella lo que se le ha indicado y dirigiéndose hacia la derecha.)

Enrique Oiga, Gervasio. De paso que lleva usted eso a la glorieta, fíjese si en ella está doña Elena; si está sola o acompañada por don Juan, y en este caso si hablan y de qué hablan.

Gervasio Muy bien. Por cierto que si el señorito me lo permite, le diré lo que usted sospecha.

Enrique ¡Yo! ¿Que yo sospecho?

Gervasio Sí, señorito. Usted sospecha lo que un servidor ve muy claro.

Enrique ¿Qué es lo que ve?

Gervasio Que doña Elena y don Juan se nos casan el día menos pensado.

Enrique ¡Ah!, ¿sí?... (Eso no puede ser. ¿Ella mi suegra? ¡Ah, no! ¡Vaya un calvario en perspectiva!...) Haga usted lo que le he dicho.

Gervasio *(Yéndose por la derecha.)* ¡Pero qué cosas más raras me hace hacer siempre!)

(Salen Luisa y Mariano de la casa.)

Luisa ¿De veras le gusta?

D. Mariano Ya lo creo, es magnífica.

Luisa Ahora le enseñaré a usted el chalet, y de paso verá usted la glorieta.

Enrique *(Rápido.)* No, ahora no. Ya que estáis aquí, enséñale esta parte de jardín. *(Izquierda.)*

Luisa Es verdad; la glorieta la verá luego. Ahora le enseñaré unos árboles preciosos, unos ejemplares rarísimos. Por cierto que la glorieta también es digna de verse. ¿Verdad, Enrique? *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! Me río de la ocurrencia que tuvo papá. ¿Recuerdas?

Enrique Estupenda, tío.

Luisa El decía que la glorieta no era suficientemente poética, que para serlo le faltaba un surtidor con una figura alegórica, ¿y a que no acierta usted qué mandó poner?

D. Mariano ¿Una sirena?

Luisa No.

D. Mariano ¿Un tritón soplando un cuerno?

Luisa *(Riendo.)* Tampoco; un bombero con una manga. ¡Ja, ja, ja!

D. Mariano *(Riendo también.)* ¡Oh, oh! «Le pompier».

Enrique *(Inquieto.)* Anda, enséñale ahora la colección zoológica.

D. Mariano ¿Colección zoológica?

Luisa Sí; el palomar y el gallinero.

D. Mariano *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia!

Luisa ¡Cosas de papá!

D. Mariano Vamos.

(Desaparecen riendo por segunda izquierda. Sale Gervasio precipitadamente por segunda derecha.)

Gervasio ¡Señorito!

Enrique ¿Qué hay? ¿Qué has visto? ¿Qué has oído?

Gervasio Verá usted; don Juan está con ella en la glorieta. A poco de llegar yo, ha cogido la copita que doña Elena no había acabado de beber y se la ha bebido él.

Enrique ¿Y qué decían?

Gervasio No se oía. Después don Juan se ha ido acercando a doña Elena y de pronto, pero eso sí, con mucha delicadeza la... la...

Enrique Acabe.

Gervasio *(Con picardía.)* ¡La ha dado un beso!

Enrique ¿Un beso? ¿Dónde?

Gervasio ¿No le digo a usted? ¡En la glorieta!

Enrique No, hombre. Quiero decir si en la mano, en la frente...

Gervasio ¡Cá, no, señor, no! Aquí. *(Señalando la mejilla.)*

Enrique ¡Arrea! ¿Y ella qué ha dicho?

Gervasio Primeramente sorprenderse; después parecía como si le riñese por su atrevimiento, y el señor se disculpaba con grandes gestos. Ella se ha apaciguado y mirándole sonriente, como arrepentida de haber estado muy severa con él, ha arrancado una rosa y se la ha dado.

Enrique ¡Esto va a pasos de gigante!

Gervasio Por último, don Juan, obedeciendo a un gesto de ella, se ha puesto en pie y... *(Mirando.)* mire usted, hacia aquí viene.

Enrique Pues váyase.

Gervasio Al momento. *(Desaparece por la casa.)*

Enrique ¡Esto se complica! ¿Cómo impedir?... *(Se sienta.)* Porque el suegro solo, pase, hasta me divierten sus genialidades, pero que me dé una suegra y que encima sea Elena... ¡Ah, no, imposible; por eso no paso! Aquí viene mi suegro; disimulemos. *(Lee el diario. Por el fondo derecha sale DON JUAN muy contento. Lleva en el ojal de la solapa la rosa con algunos capullos que acaba de darle doña Elena.)*

D. Juan *(Dándose golpecitos en la cara, felicitándo-*

se.) Muy bien, Juanito. ¡Has estado sublime! ¡Estupendo, Juanito! ¡Eres un Tenorio!

Enrique (Qué contento viene.)

D. Juan Galante, sin dejar de ser prudente... ¡Oh, si pudiera hablar el bombero!

Enrique *(Fingiendo estornudar.)* ¡Atchis!

D. Juan ¡Eh, ah! ¿Estás aquí?

Enrique ¿Qué le pasa? Le veo a usted muy contento.

D. Juan No... ¡Ah, sí! Claro; ¿no quieres que esté contento teniéndoos aquí a los tres?

Enrique ¿Tres?

D. Juan Bueno, tres... contando el tío.

Enrique ¡Ya!... Papá, no disimule. Yo tengo un pajarito.

D. Juan ¡Ah!, ¿sí? *(Riendo y dándole golpecitos en la espalda.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Bien, hombre, bien! Ya salió el detective.

Enrique ¿Quiere usted explicarme a qué obedece esa inopinada alegría, esa satisfacción que se refleja en su semblante?

D. Juan Qué cosas tienes, si yo vengo de ver a los pintores que pintan la verja... A propósito, te gustará. Las puntas de las lanzas son doradas y en la puerta hay un rótulo que en letras de adorno dice: «Villa Cantueso».

Enrique Ya; pero vamos a cuentas. ¿Usted no ha hecho más que llegar a la verja y volver aquí?

D. Juan Eso es.

Enrique ¡Qué raro! Yo aseguraría que había ido usted a la glorieta.

D. Juan ¡Je! ¿Y en qué te fundas?

Enrique En que cuando se ha ido usted de aquí no llevaba esa rosa y en que en todo el jardín no hay rosas de esa clase más que en la glorieta.

D. Juan *(Riendo forzadamente.)* ¡Ja, ja!... (Me está descubriendo.)

Enrique *(Por la rosa.)* ¡Qué perfume tan exquisito tienen estas flores! *(Se acerca a Cantueso y huele la rosa que éste lleva en el ojal.)* ¡Qué cosa más extraña! Observo que no tiene el perfume de siempre.

D. Juan No digas tonterías.

Enrique De veras. *(Vuelve a oler.)* Huele... como a licor. *(Pensando de pronto, con alegría.)* ¡Ah, ya caigo... eso es! Huele a Benedictine.

D. Juan *(Confuso.)* ¿Estás loco?

Enrique Ahora voy atando cabos. Usted ha ido a la glorieta y ha bebido Benedictine.

D. Juan ¡Que yo!...

Enrique Sí, señor. Descontando por inverosímil que usted haya bebido en la botella, puede asegurarse que lo ha hecho usted en la misma copa donde ha bebido doña Elena.

D. Juan *(Fingiendo indignarse.)* ¡Oh!

Enrique ¿Y qué tiene eso de particular?

D. Juan *(Contento.)* ¡Ah!, ¿no?

Enrique Naturalmente; no deja de ser una galantería a la que ha correspondido doña Elena cogiendo esa flor y dándosela a usted.

D. Juan No sé por qué ha de haberla cogido ella, y yo no.

Enrique Muy sencillo; porque yo sé el cariño con que trata usted a las flores y si la hubiese usted cogido, no la hubiera usted arrancado con esos capullos.

D. Juan Bueno, ¿quieres dejarme en paz con tus investigaciones?

Enrique Permítame llegar al final. *(Mirándolo de pies a cabeza.)* La flor, el olor a Benedictine, y sobre todo la satisfacción con que usted se ha presentado aquí, me demuestran que puede ser preludio de... *(Maliciosamente.)* ¿Eh?

D. Juan ¡Yerno! *(Serio.)*

Enrique *(Fijándose en el bigote de Cantueso.)* ¿Y el bigote? El bigote de usted, me lo dice con una elocuencia verdaderamente aplastante.

D. Juan El bigote podrá decir lo que quiera, pero yo te aseguro que...

Enrique Como es tan negro, los polvos de arroz se ven mucho.

D. Juan *(Confundido.)* (¡Claro, va tan empolvada!...) *(Enrique le coge el bigote con dos dedos frotando después uno con otro; los huele y vuelve a frotar y a oler, y mira a don Juan sonriendo con gesto de cariñosa reconvención moviendo la cabeza. Don Juan baja los ojos, avergonzado.)* (¿Y qué le digo yo?)

Enrique He aquí explicada aquella satisfacción, aquel aire de hombre feliz, aquel aire de triunfo. Aquel aire...

D. Juan Te advierto que yo no he venido con tantos

aires. Además yo no aguanto más investigaciones detectivescas, ¡ea!

Enrique Está bien. Terminó de hablar el detective para intervenir el hijo, y decirle que ni en sueños debe usted pensar en el proyecto que adivino...

D. Juan ¡Yerno!...

Enrique ¿Ha pensado usted en la diferencia de edad?

D. Juan Eso...

Enrique ¿En que tiene usted una hija casada?

D. Juan (¡Demonio de chico!...)

Enrique Ahora ya sabe usted mi parecer.

D. Juan (El caso es que tiene razón.) *(Queda pensativo.)*

(Salen Luisa y Mariano por segunda izquierda.)

Luisa ¿Le ha gustado la colección zoológica?

D. Mariano ¡Ja, ja, ja!... ¡Admirable!

D. Juan *(A Luisa.)* ¡Ah! ¿Le has enseñado?...

D. Mariano Sí; por cierto que hay un ejemplar rarísimo.

D. Juan ¿Cuál?

D. Mariano Aquel gallo que no tiene más que una pata.

Luisa Pero, tío, si es que estaba durmiendo y cuando duerme, esconde una. *(Ríe.)*

D. Mariano ¡Ah!, ¿sí? ¡Ja, ja, ja!...

Enrique ¡Tío... tío!...

(Ríen todos menos don Juan.)

D. Juan (¡Qué nervioso me pone este hombre!)

(Sale ELENA por la derecha.)

Elena ¿Qué les pasa?

Luisa *(A don Mariano.)* Voy a decir que le traigan agua. ¿Pero va usted a beber agua sola?

D. Mariano Sí, es para tomar unas píldoras.

Luisa *(En la casa, llamando.)* ¡Gervasio!

D. Mariano *(A don Juan que está en la izquierda preocupado.)* A causa de las comidas de fonda tengo una «pirósis» arraigada que me molesta bastante.

(Siguen hablando bajo. Luisa continúa en la puerta de la casa.)

Enrique Elena, ¿quiere usted oírme?

Elena Diga usted.

D. Mariano *(A don Juan.)* En Londres...

Enrique Ya sé que usted y mi suegro...

Elena (¡Ah!) *(Decidida.)* ¿Y a usted qué le importa?

Enrique A mí, nada; ¿pero ha pensado usted que ca-

sándose con mi suegro será usted abuela en plazo breve?

Elena *(Sorprendida.)* (¡Oh, es verdad!)

Enrique *(Sonriendo.)* (Por esto no pasa.)

Elena (¡Eso sí que no! ¡Abuela, no!) *(Contenta.)* Gracias, muchas gracias por la advertencia. *(Va al fondo paseando nerviosa y pensativa.)*

Enrique (Me parece que el dardito hace su efecto. Antes que me sea suegra, todo.)

D. Mariano ¿Y en París ha estado usted?

D. Juan No, señor. En esa dirección no he pasado de Torrelodones.

Luisa *(A don Mariano.)* Ahora traen el agua, tío.

D. Mariano ¡Cuánta molestia!

(Deja a don Juan y se va con Luisa hacia el fondo derecha, hablando. A poco, va Enrique con ellos; pero sin dejar de observar a Elena.)

Elena *(Resolviéndose.)* (Ahora sí; cuanto antes, mejor.) *(A don Juan.)* Don Juan...

D. Juan Qué, se lo diremos a la hora del champán, ¿verdad?

Elena No, don Juan; a ninguna hora.

D. Juan ¿Cómo?

Elena Hay un grave inconveniente.

D. Juan ¿Inconveniente?

Elena Sí. Cuando se lo explique comprenderá usted que me asiste la razón, tanto, que sintiéndolo de veras, retiro la palabra que le di.

D. Juan ¿Me retira usted la mano?... ¿Quiere decir ya no nos casamos?

D. Mariano *(Llamando.)* ¡Doña Elena!

Elena *(Yendo al grupo.)* ¡Voy!

(Sale GERVASIO de la casa con una bandeja con una copa y un jarro de agua.)

Gervasio ¿Dónde pongo esto?

Luisa Ahí. *(Mesita de la derecha.)*

D. Juan (¿Un inconveniente? ¿Qué será?) *(Pasea pensativo.)*

(Se sientan; Elena, a la derecha; a un lado, don Mariano, y a la izquierda, Luisa y Enrique. Don Juan sigue paseando.)

Enrique (¡Ay, Luisita; si supieras lo feliz que soy a tu lado!...)

Luisa (¿De veras, señor Kike?)

Enrique (¿También tú?)

(Luisa ríe.)

D. Mariano *(A Elena.)* (La encuentro a usted muy satisfecha.)

Elena Es que acabo de quitarme un peso de encima.

Gervasio *(Que aguarda con el jarro en la mano, dice a don Mariano.)* ¿Quiere usted la copa llena?

D. Mariano Casi llena. *(A Elena.)* El accidente del túnel, ¿se lo he contado a usted?

Elena No sé...

D. Mariano Es decir, no fué en el túnel, sino a la salida del túnel.

Elena ¡Ya! *(Resignada.)*

D. Mariano El tren fué asaltado por una cuadrilla de bandidos, y de pronto oímos: ¡Brrr! ¡Pim, pam, púm, cataplúm! *(Simula con exageración una descarga y el gesto de apuntar un arma. Sorpresa general. Gervasio, que estará echando el agua, tira la copa derramando agua en abundancia. Elena se levanta para no mojarse. Luisa, que estaba de espaldas, da un chillido muy asustada. Enrique se levanta y don Juan, que estaba paseando muy pensativo, se detiene asustado.)*

Gervasio ¿Eh?

Luisa ¡Ay!

Enrique ¿Qué pasa?

Elena ¿Qué es esto?

D. Juan ¿Qué sucede?

D. Mariano *(Riendo con las carcajadas de siempre.)* ¡Ja, ja, ja!

Gervasio Dispensen los señores, un servidor...

Luisa ¡Qué susto más grande!

D. Mariano ¡Luisa, yo lamento!...

D. Juan ¡Hija mía!...

Enrique No es nada, no alarmarse.

D. Mariano «¡Je le demande perdón»! ¡Eso es!

D. Juan *(A don Mariano.)* Como está así, pues... Calcule usted; si los mayores nos hemos asustado... ¿eh?

Luisa No ha sido nada; ya pasó.

D. Mariano He puesto demasiado fuego en la narración; eso es todo. Ustedes perdonen. *(Vuelven a sentarse y Gervasio vuelve a llenar de agua la copa o trae otra si es que se ha roto; seca la mesa con un trapo y desaparece. Don Mariano mira la mesa y el suelo y dice después de una ligera pausa.)* Ahora que

veo tanta agua me acuerdo de un naufragio que presencié. *(Habla bajo a Elena.)*

D. Juan (¡Este tío no se cansa de contarnos bolas!...) *(Sale URSULA por la casa.)*

Ursula Ustedes dispensen; don Juan, ya tiene usted hecho el picadillo y preparado para ponerlo en el horno.

D. Juan El picadillo, ¿eh? (¡Yo sí que estoy picadillo!) Voy en seguida. *(Vase Ursula. Don Juan dice después de observar a Elena y a don Mariano que hablan bajo.)* (El caso es que esto es darles ocasión. A ver si me los llevo.) Señores, tendría un gran placer en que viniesen ustedes a la cocina; estoy haciendo un plato especial y ahora voy a ponerle la gracia; el secreto que ha de hacerlo sabrosísimo. ¡Oh, es un momento verdaderamente emocionante! Vengan ustedes. *(Entra en la casa.)*

Luisa Ya vamos. *(Se levanta.)*

D. Mariano *(Sin moverse, a Elena.)* Puede usted creerme. No hay placer comparable al de viajar. *(Siguen hablando.)*

Enrique *(Levantándose, a Luisa.)* Como a ti no te conviene el tufo de la cocina y mucho menos oir explicar viajes, lo más acertado es que nos demos un paseíto.

Luisa ¿Qué dirá papá?

Enrique Ya irán ellos.

(La coge de un brazo y se van por la derecha hablando animadamente sin que Elena y don Mariano se den cuenta.)

Elena A mi marido no le gustaba viajar. Estaba tan ocupado con los negocios, que el día que nos casamos, aprovechando que era festivo, fuimos al Escorial y por la noche ya estábamos en casa de vuelta.

D. Mariano ¿De manera que no pasaron fuera ni una noche?

Elena ¿No le he dicho a usted?...

D. Mariano Sí, sí, y lo creo porque supongo que lo que pasa aquel día, no debe olvidarse fácilmente.

Elena Era el mes de Julio.

D. Mariano ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un mesedito que fué a elegir su marido!

Elena No sé por qué.

D. Mariano ¿Usted se explica porque tiene aliciente para

nosotros hablar de lo que hace referencia al amor?...

Elena No caigo.

D. Mariano Pues es muy sencillo. A usted, por lo que le recuerda, y a mí, porque es hablarme de un mundo desconocido.

Elena ¿De veras?

D. Mariano ¡Ya lo creo! ¡Ah, si uno no tuviese el defecto de que empiezan a blanquearle los cabellos!... Esto impide que uno diga cosas por temor de que se rían de uno.

Elena (Ahora se lanza.)

D. Mariano *(Mirando hacia la derecha.)* Mire usted, Elena; mire usted mis sobrinos cómo juguetean. ¡Oh, la juventud!

Elena ¡Cómo se divierten!

D. Mariano *(Preocupado.)* (¡Demonio!)

Elena ¿Qué tiene usted?

D. Mariano Nada... que uno, sin poderlo remediar, se siente envidioso de la felicidad de los otros.

Elena *(Después de hacer un gesto, sonriendo y asustada.)* (¡Cuánto me cuesta!)

D. Mariano *(Con cierto entusiasmo.)* ¡Ah, si yo!...

Elena ¿Decía usted?...

D. Mariano Que yo... pues... que aceptando el ofrecimiento que usted me hizo, cualquier día tendré el gusto de ir a su casa a hacerla una visita.

Elena Cuando usted quiera.

D. Mariano Y aprovecharé la ocasión para decirla que...

Elena (¡Gracias a Dios!)

D. Mariano Que... Se lo diré a usted en inglés.

Elena ¿En inglés?

D. Mariano Sí. En castellano, la verdad, no me atrevería.

Elena (¡Cuántos preámbulos!) En inglés no voy a entenderle.

D. Mariano Con que lo adivine, basta. Fíjese usted. *(Pronunciándolo tal como está escrito.)* «Di solemn móment tu du yú ei declereixen is arraif». *(Riendo con satisfacción.)* ¡Ja, ja, ja! ¿Qué he dicho?

Elena Pues...

D. Mariano Advierto a usted que el inglés es muy conciso; pocas palabras quieren decir muchas cosas.

Elena (¡Ah!, ¿sí? Pues ahora verás.) A mí me parece que usted ha dicho poco más o menos...

D. Mariano A ver, a ver...

Elena Elena... Sintiendo por usted una gran simpatía...

D. Mariano *(Animado.)* Muy bien; adelante.

Elena Y temiendo pueda usted ser de otro, debo manifestarla que... ¿Voy bien?

D. Mariano *(Un poco serio y sorprendido.)* ¡Sí... mucho, ya lo creo!

Elena ...Manifestarla que me consideraré el hombre más afortunado y el más feliz de la tierra si me concede usted su mano. ¿Es eso?

D. Mariano *(Sorprendido y preocupado.)* (Eso de la mano no estaba en mis propósitos.) ¡Señora, es verdad que el inglés es muy conciso; pero tanto no, caramba!

Elena *(Levantándose, indignada.)* ¿Entonces, qué me proponía usted?

D. Mariano *(Idem, confuso.)* ¡Señora, yo!...

Elena ¿Es que usted ha podido suponer que yo aceptaría un amor sin ser como Dios manda? ¡Caballero, usted me ha ofendido gravemente, gravísimamente!

D. Mariano No, señora. Escúcheme usted. Lo de solicitar su mano no lo he dicho, esa es la verdad; pero pensaba decirlo.

Elena *(Apaciguada.)* ¡Ah!, ¿sí?

D. Mariano Naturalmente, mujer. (¡Pues, señor, buena la he hecho!)

Elena Entonces, perdone usted.

D. Mariano ¿Qué remedio me queda? Mi sobrino se ha casado dejándome en casa más solo que un hongo, lo que me obliga a tomar una determinación. ¿Esto es o no es una razón?

Elena ¡Es, es!...

D. Mariano *(Contento.)* ¡Oh! ¿Ha dicho usted «yes»? En inglés quiere decir sí.

Elena ¿Luego usted?...

D. Mariano Sí, señora... Solicito su mano. ¿Qué me dice usted?

Elena Pues... se lo diré a usted también en inglés...

D. Mariano Diga usted.

Elena «Yes». ¿Está usted contento?

D. Mariano ¡Oh, Elena!...

Elena (Ya tengo compañero de viaje.) Ahora quisiera pedirle a usted un favor.

D. Mariano Diga usted. *(Escamado.)* (¿Qué será?)

Luisa Un capricho. *(Le habla bajo.)*

(Sale de la casa DON JUAN, deteniéndose al verlos. Lleva puesto el delantal.)

D. Juan (¡Ellos hablando!... ¡Ya podía yo esperar!) *(Escucha.)*

Elena ¿Lo hará usted?

D. Mariano Será usted complacida en la primera ocasión.

D. Juan (¡Atiza!)

Elena Las patillas le echan años encima; con bigote sólo, estará usted mejor.

D. Mariano Si pudiera quitármelas ahora mismo, crea usted que me las quitaba.

D. Juan *(Sorprendido.)* (Ya tengo sustituto; él se quita las patillas y yo vuelvo a dejarme la barba. ¡A mí me va a dar algo!...) *(Vacilando como si fuera a caerse se va por la casa.)*

Elena ¿Supongo que el quitárselas no habrá de violentarle?

D. Mariano ¿Quiere usted callarse? Si eso no es nada. Yo, la verdad, si usaba patillas era porque me parecía que me daban más apariencia de pasajero de primera. *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!

Elena *(Riendo.)* ¡Es original!

D. Mariano ¿Vamos a comunicar a los demás nuestra determinación?

Elena A propósito, ahí viene su sobrino.

D. Mariano Voy a decírselo. Verá qué sorpresa va a tener.

Elena ¡Ya lo creo! (No lo sabes tú bien.)

Enrique *(Saliendo por la derecha.)* Si vienen ustedes, jugaremos una partida de «tennis».

D. Mariano Oye, Enrique.

(Elena se aparta escuchando con atención.)

Enrique ¿Qué quiere usted?

D. Mariano Después de madura reflexión he decidido...

Enrique ¿No venir a jugar? Bueno, hombre; por eso no se preocupe usted.

D. Mariano No, atiende; después de madura reflexión he decidido... casarme.

Enrique *(Sorprendido.)* ¿Qué dice usted?

D. Mariano Sé que falto a lo prometido: puedes imponerme un castigo si quieres. Tú puedes decirme: «Si dentro de ocho días no se casa usted, le retiro el permiso.» ¿Qué dices a esto?

Elena *(Contenta.)* (Sí se parecen, sí.)

Enrique Pues lo que digo es... que no tengo nada que decir.

D. Mariano *(Abrazándolo.)* ¡Oh, corazón noble y desinteresado! Te advierto que si me caso tú tienes la culpa. Te he visto tan feliz, que me han entrado deseos de imitarte.

Enrique ¡Ya, ya! (Pero vamos a ver: usted, tan refractario al matrimonio, y ahora de repente... ¿Cómo ha sido eso?)

D. Mariano (Chico, no lo sé. El hablar inglés tiene la culpa.) *(Llamando.)* ¡Elena! *(Presentándola.)*

Enrique Les deseo tantas felicidades como para nosotros.

D. Mariano ¡Ya lo ha oído usted: nos felicita! *(Habla bajo con Elena.)*

Enrique Si es mi tía, no puede ser mi suegra... ¡Magnífico! Además viajarán siempre y alejo peligros de muchas clases.) ¡Usted que temía que nosotros fuésemos los últimos Rosales!

D. Mariano Es verdad. ¡Ja, ja, ja! *(Sale por la casa DON JUAN, muy abatido, sin la flor y sin el delantal.)*

D. Juan (A mí me falta aire.)

D. Mariano *(A Don Juan.)* Usted será el segundo en saberlo.

Enrique Venga usted, que mi tío le explicará... un descarrilamiento. *(Don Mariano y Don Juan forman grupo.)*

Elena (¡Pobre señor Cantueso!)

D. Mariano ¡Qué sorpresa va usted a tener! *(Quedan hablando.)*

Enrique *(A Elena.)* (Con el tiempo, su cotorrita explicará cada viaje...)

Elena (Seguramente.)

D. Juan ¿Lo dice usted o qué?...

D. Mariano Ahora va. A la una, a las dos, a las tres... *(Le habla al oído.)* ¿Eh? ¿Qué le parece?

D. Juan *(Sorprendido.)* (¡Se casan!) *(Disimulando.)* ¿Eso era todo?

D. Mariano ¿No le sorprende?

D. Juan No. Eso ya me lo figuraba yo.

D. Mariano ¡Ah!, ¿sí? (¡Qué raro; él lo sabía y yo no!)

D. Juan *(Mirando a Elena.)* (Me parece estar soñando.)

D. Mariano *(A Don Juan.)* Ahora que recuerdo. ¿Hay cerca de aquí alguna peluquería?

D. Juan Quiere usted quitarse las patillas, ¿verdad?

D. Mariano *(Muy sorprendido.)* Sí. Pero hombre, ¡usted lo adivina todo! *(Queda mirándole muy sorprendido.)*

D. Juan Todo, sí, señor. *(De mal humor. A Elena.)* ¡Mi enhorabuena, doña Elena!

Enrique (¡Pobre papá!)

Elena *(A Don Juan.)* (Cuando pueda, ya le explicaré el motivo que me ha impulsado... Estoy segura que me dará usted la razón.)

D. Juan *(Intrigadísimo.)* (¿Pero qué será?)

D. Mariano ¿Vamos a dar la noticia a Luisita?

Elena Sí, vamos.

Enrique Vamos.

(Vanse los tres animadamente por el fondo derecha.)

D. Juan *(Abatido.)* ¡La ilusión de tantos años!... *(Incomodado, de pronto.)* ¡Maldita sea!... *(Pausa, muy preocupado. De pronto va animándose y muy sonriente dice.)* ¡Oh, sí, eso es! *(Muy alegre.)* También yo tendré mi pareja: un angelito que me enviará el cielo con su pelito rubio como el oro y sus mejillas frescas como una manzana. *(Con emoción.)* Y me llamará abuelito, ¡abuelito!... Parece que lo veo chiquitín, gordinfloncillo, sosteniéndose apenas... *(Sonriendo y mirando al suelo como si lo tuviera delante y poniéndose en cuclillas.)* ¿Me quieres? ¡Ah, granuja! ¿Te quieres marchar? *(Persiguiéndole cómicamente hacia el segundo término de la derecha.)* Ven, hombre, que te cojo. ¡Ya te cogí!

(LUISA sale por la derecha, deteniéndose asombrada mirando a Don Juan.)

Luisa *(Con emoción.)* ¡Papá!

D. Juan *(Que se encuentra cerca de ella, se detiene en seco, y después de una ligera pausa la abraza conmovido y dice.)* ¡Hijos míos!...— *(Telón.)*

FIN DE LA OBRA

Precio: CUATRO pesetas